



SEBASTIÁN GIRALDO

¿
QUÉ RUIDO
HACE UN BESO
?

EXPERIENCIAS HOMOERÓTICAS
EN EXCOMBATIENTES DE LAS ANTIGUAS FARC-EP

Editor creativo
Juan Álvarez

Ilustrador
Camilo Ramírez



Caribe
afirmativo




Culturas


TÍTULO:

¿ QUÉ RUIDO HACE UN BESO?

Experiencias homoeróticas en excombatientes de las antiguas Farc-Ep

© Autor

Sebastián Giraldo

ISBN 978-628-01-6637-7

Coordinación editorial: Juan Álvarez

Asistencia editorial: Chano Castaño

Diseño editorial : Francisco Gómez©

Ilustraciones: Crithian Camilo Ramírez ©

MINISTERIO DE LAS CULTURAS, LAS ARTES Y LOS SABERES

Instituto Caro y Cuervo

Universidad Estadual de Campinas, Brasil

Caribe Afirmativo

Editor creativo

Juan Álvarez

© Editorial Lectores Secretos

www.lectoressecretos.com

Febrero de 2025

SEBASTIÁN GIRALDO

¿
QUÉ RUIDO
Hace UN BESO
?

EXPERIENCIAS HOMOERÓTICAS
EN EXCOMBATIENTES DE LAS ANTIGUAS FARC-EP

Editor creativo

Juan Álvarez

Ilustrador

Camilo Ramírez



Caribe
afirmativo





Hay excombatientes maricas. Y hay también una maraña de silencio que los encubre. La maraña la sostienen la guerra, la masculinidad y la sexualidad. La guerra está confabulada con el silencio: es la cautela militar; es el callar como amenaza; son los traumas emocionales de las víctimas y de los combatientes. La sexualidad se sumerge en circuitos de constreñimientos y fantasías. La masculinidad, bulliciosa y avasalladora en unos contextos, en otros se sume como enmudecimiento. Esa maraña resiste y se sostiene a sí misma: el (ex) grupo armado calla, el Estado calla, las comunidades callan; ellos mismos, los exguerrilleros maricas, callan.



Desenterrar esos silencios no puede convertirse en una empresa que devaste, sino en un ejercicio que esclarezca y dilucide la sutura de la violencia, del sufrimiento y de la sobrevivencia. Algo que acompañe a los mártires de ese silencio.

Tener la pericia de reconocer las polifonías y versatilidades de esos silencios; sus sutilezas, sus delicadezas, también sus crudezas y sus ruidos. A veces esos silencios son la base primordial del sosiego de un sujeto o de un pueblo que edificó su porvenir a partir de él.

Peritos de una suerte de dialéctica del silencio.

El duende

Al despertar, Felipe abrió la carpa y le pareció ver los restos de una fogata. Al principio no prestó mucha atención, podía ser una imagen de la somnolencia. Mientras dormía, otros de sus compañeros guerrilleros, los de la guardia, custodiaban el campamento. Ya más despierto, con el frío de la montaña golpeándole el cuerpo, Felipe comprobó que la fogata no era un delirio, las brasas negras y grisáceas se veían con claridad, lo que hizo que recordara los destellos que había visto en la madrugada, cuando el sueño le había ganado y ni el arrume de las maderas o el chirrido de los troncos lo habían incomodado.

En la jornada de la mañana, al reunirse con sus camaradas, Felipe les comentó lo sucedido y ellos se idearon que quizás había sido un duende, que las fogatas en las montañas podían ser señal de las andanzas de estos espectros. Felipe luego les preguntó sobre la hoguera a quienes habían hecho guardia y ellos le confirmaron que no habían prendido nada, ni siquiera habían visto fuego durante la noche.

Felipe era cobarde para ese tipo de historias. Conocía el aire de embuste y malicia del grupo al hablar del duende, pero algo en él le hacía imaginar que el relato podía

ser cierto. Entonces aprovechó la situación y, en medio del grupo, sin ningún reparo, le dijo a uno de sus compañeros: “como usted se inventó esta historia, le va tocar darme caleta esta noche”.

El ambiente en los campamentos era tan viril que ninguno sospechó el galanteo que se filtraba en la frase. Para los demás fue un decir cualquiera, una asignación azarosa, pero para Felipe y su compañero era un coqueteo en frente de sus camaradas.

La tirada de perros se camuflaba en medio de las armas, de los uniformes toscos y de la hombría guerrillera; la estrategia militar de los códigos y de los lenguajes cifrados también podía ser tergiversada, no solo para objetivos militares, sino para incitar los encuentros entre guerrilleros.

Dadas las ganas que Felipe le tenía a uno de los inventores de duendes, ya antes había tanteado el terreno. Las miradas y la actitud de su compañero le habían revelado que algo podía ocurrir entre los dos. A Felipe le encantaban sus labios rojos y carnosos y su bigote entre castaño y negro. Los bigotes eran su fijación.

El posible encuentro había que apresurarlo. Su compañero era un carguero y en pocos días seguía su rumbo. Los cargueros llevaban remesas a los diferentes frentes guerrilleros de la región, transportaban comida, municiones, armas. El carguero mirón llevaba su carga en mulas. La geografía agreste donde se encontraba el campamento

exigía este tipo de tracción. Estaban en un hueco, al que se demoraban para llegar un día entero si era de bajada. Si era de subida, se demoraban medio día más.

Llegó la noche temprana y con ella la posibilidad de la entrada de Felipe en la caleta del carguero. El comandante del grupo había programado las guardias y al carguero le había tocado de dos a cuatro de la madrugada. Como el grupo era pequeño, solo diez personas, las guardias eran individuales. Cuando todos los camaradas se habían refugiado en sus caletas Felipe buscó la carpa del que le había alentado y entró para protegerse del duende.

Empezaron con un juego de manos y risas, la timidez confundida con la ansiedad del momento agitó sus respiraciones y dieron paso al roce de sus torsos y sus miembros. Los besos y la desnudez fueron llegando. Luego el desenfreno fue tal que alcanzaron varios orgasmos en la noche. Lo hicieron “como si nunca fuera a volver a pasar”. Tenían que aprovechar que se habían dado las condiciones. No sabían cuándo podrían volver a verse o cuándo volverían a tener la confabulación de la noche y del bosque.

El miedo a ser descubiertos se confundía con su deseo: esa mezcla de prohibición y lujuria era el componente más estremecedor. El silbido de las montañas y la oscuridad se convirtieron en sus cómplices; nadie los veía, el ruido de sus gemidos se perdía en el viento. El calor de sus cuerpos era la mejor compañía. A las dos de la mañana, como se había programado, el carguero salió a iniciar su guardia.

A pesar de que Felipe llevaba menos de un año en la guerrilla, sabía las consecuencias que le podría traer este encuentro. Si los pillaban los conducirían a un juicio de guerra; “los maricas” no eran bienvenidos en el grupo. Pero esa noche, Felipe no sabe por qué, hubo un complot del cual no quedaron indicios, solo sus secreciones empapando las prendas militares.

Un duende no asustador: el duende auspiciador y escolta del encuentro entre dos amantes.

Tres semanas después el carguero regresó al campamento. Su ausencia había sido un alivio para Felipe: desaparecía la tentación de volver a arriesgarse y ser descubiertos. Esa misma ausencia le generaba más calentura.

Sin muchas señales, ambos supieron el destino de la noche.

A Felipe le encargaron la guardia de ocho a diez de la noche con entrega al carguero. Aprovechó la entrega para llevárselo a su carpa.

El encuentro tuvo otros matices: menos horas y orgasmos, más temor de ser pillados. Mientras Felipe y su amante hacían de las suyas, el grupo se quedó sin guardia, o la guardia común de un camarada rondando y cuidando el sueño de los demás había cambiado, ahora eran dos hombres desnudos, encerrados y entregados a su éxtasis.

Al día siguiente, el carguero siguió su rumbo.

Días después a Felipe le encomendaron una misión en otro territorio y se lo llevaron de aquel hueco. Sus rumbos se separaron y para Felipe fue una fortuna: “si hubiéramos seguido, tal vez nos hubieran pillado”. Los compañeros del grupo quedaron “sanos”, no se dieron cuenta, o por lo menos no lo insinuaron.

Esa fue la única historia sexual de Felipe con otro hombre en sus veinte años en la guerrilla: dos encuentros con un carguero; un hombre de labios gruesos y un bigote que le hacían vibrar su cuerpo.

Nunca más volvieron a verse, las misiones y los agrupamientos de la vida guerrillera nunca los volvió a juntar. El carguero nunca desapareció de los recuerdos de Felipe. Cuando estaba “en la mala” y se sentía “llevado” en el monte, lo rememoraba. Eso le daba nostalgia y regocijo, y era mejor que otras miles de angustias que trae el monte.

Los camuflajes de la guerra se entrelazan con los camuflajes del homoerotismo. En la guerra se habla de códigos, estrategias, escondites, nociones y corazas que también son accionadas en los encuentros sexuales y afectivos entre camaradas. El secreto homoerótico, producto de una complicidad entre lo militar, la heterosexualidad y la masculinidad, es una confabulación no solo para proteger a los implicados, sino a la institución militar. Este sigilo de trinchera, sin embargo, puede volverse cómplice del mandato homofóbico y violento de los escenarios armados.

El trazo extenso y articulado de una tesis de doctorado escrita desde las humanidades lo interrumpimos para volver a coser el texto desde el fragmento.

Regresamos así sobre los relatos de etnografía marica de las cinco fuentes cuidadas – protegidas– y buscamos reescribirlos y afinarlos en clave de concreción sintáctica.

La escritura con una comunidad compromete siempre riesgos de apropiación.

La interlocución estética con sujetos que necesitan contar sus historias de dolor y afecto puede ser la urgencia de lo hermoso oculto: estos textos transicionales.

¿Qué tiene que ver el amor con la guerra?

Cuando escribimos sobre la guerra escribimos sobre el terror y el sufrimiento, sin intuir las relaciones sentimentales que surgen en medio de las armas.

*El amor también puede ser la linterna que rastrea ciertos **rincones de la guerra.***

Hay animales que experimentan el mundo emitiendo sonidos y esperando a que la onda de esos sonidos toque el mundo y regrese como eco a sus aparatos auditivos para contarles los contornos de lo que acababan de tocar.

Así también la escritura de relatos a partir del diálogo con miembros de una comunidad y sus experiencias, en este caso, de clandestinidad: principio de ecolocalización.



Entre bandos contrarios

Después de un arduo día de trabajo, La Diosa y sus amigos, todos de la organización armada Farc-Ep, se fueron a tomar unas cervezas. Su destino era un amañecadero que, como muchos en el pueblo, tenía un cierto aire campestre, con techo de paja, sillas y mesas de madera y pocas paredes para que el aire circulara. Estaban en un municipio incrustado en las llanuras del oriente colombiano, una región disputada desde hacía décadas por los grupos armados y el Estado colombiano.

En la región, sus habitantes eran, sí o sí, de un bando u otro. La comunidad se había acostumbrado a vivir en medio de ese tipo de calma afilada.

El amañecadero era un salón amplio con mesas repartidas sin ningún orden. Cuando La Diosa y sus amigos llegaron se acomodaron cerca de la entrada y vieron que había más personas al fondo. Al principio pensaron: “grupos de machos con putas”. Después de dos cervezas y de registrar intuitivamente el lugar, se dieron cuenta de la presencia de elenos: un comandante con dos guardaespaldas y dos mujeres. En un primer momento se preocuparon, pero esa sensación se fue relajando con el paso de las cervezas.

Más tarde, La Diosa salió a fumar a la parte de atrás del amañecero, una zona al aire libre y solitaria cerca de un establo. Estaba prendiendo el cigarrillo cuando sintió la aparición de alguien: era el comandante. Se le enfrió todo. De inmediato imaginó los ataques que podían venir de su parte, pero enfrentó la situación con altura. Siguió fumando con sus ademanes elegantes. La ondulación de su mano, la trayectoria del cigarrillo a su boca, su exhalación y la posición de su cuerpo simulaban a una diosa de Hollywood. Era un performance que había logrado con dedicación y sabía que esa puesta en escena podía traerle problemas.

El comandante rompió el silencio y le pidió que le vendiera un cigarrillo. La Diosa se negó: “No vendo, no soy puta. Si quiere le regalo uno”. La respuesta, inesperada para él mismo, lo invistió de valentía. El comandante le reclamó la actitud. Luego aceptó la oferta. La Diosa, para sobrellevar la situación, siguió con su pose ostentosa que combinaba arrogancia y miedo. Al terminar de fumar, el comandante se despidió y le mandó una mano a las nalgas.

El comandante volvió a su guarida entre guardaespaldas y prostitutas. La Diosa volvió a la guarida de las locas, aunque no todos lo fueran. Su miopía no le dejaba ver si la tensión sexual inaugurada al lado del establo estaba siendo nutrida por parte del comandante. El licor estaba haciendo de las suyas y en el amañecero nadie parecía dispuesto a que la noche se acabara.

La Diosa volvió a la zona de fumadores improvisada. Tenía la esperanza y la zozobra de una visita anunciada. La pose

ostentosa le seguía acompañando. El comandante no tardó en llegar. El cigarrillo se había convertido en ese momento de complicidad donde el deseo y el poderío del comandante se combinaban con la fascinación y la angustia de La Diosa. Esa complicidad era de los pocos momentos donde la ansiedad de la guerra se camuflaba en el coqueteo entre dos hombres. Sin importar el público del bar, el comandante le hizo una invitación: “Nos vemos en quince minutos en el baño”.

La Diosa no logró distinguir si había sido una invitación o una orden, no sabía si fantasear con la insinuación o si preocuparse por el lío en el que se estaba metiendo. Fueron quince minutos en los que el desenfreno y la cautela le inundaron el cuerpo y la cabeza. Con puntualidad militar, el comandante se dirigió al baño, pero no recibió ninguna visita. Ni el alcohol ni la nicotina fueron suficientes para que La Diosa diera paso a la calentura.

Años después, La Diosa sigue con la intriga de lo que pudo ser aquel encuentro, pero no se arrepiente de su decisión. Nunca pudo sacarse de la cabeza que se trató de un comandante encargado de dar de baja a los indeseables en la región.

*El imperialismo de los Estados Unidos, a través de la Escuela de las Américas, estableció que los homosexuales eran una amenaza de la izquierda. Los guerrilleros decían que eran viciosos burgueses o infiltrados. Los comandantes del ejército expresaban que la vida guerrillera en la montaña producía homosexualismo o también que eran infiltrados. **La homosexualidad tomó así la forma de un comodín negativo.** En el rechazo a la homosexualidad, ambas facciones, de derecha o de izquierda, encontraron cómo darse la mano.*

La guerra se figura heterosexual. Como discurso, **la heterosexualidad se dispersa en la institucionalidad de los grupos armados**, en sus normas, geografías; como práctica, en los cuerpos combatientes, sus uniformes toscos, sus mandos, los rituales castrenses. Esos discursos y esa cotidianidad crean una compatibilidad ilusoria entre heterosexualidad y guerra.

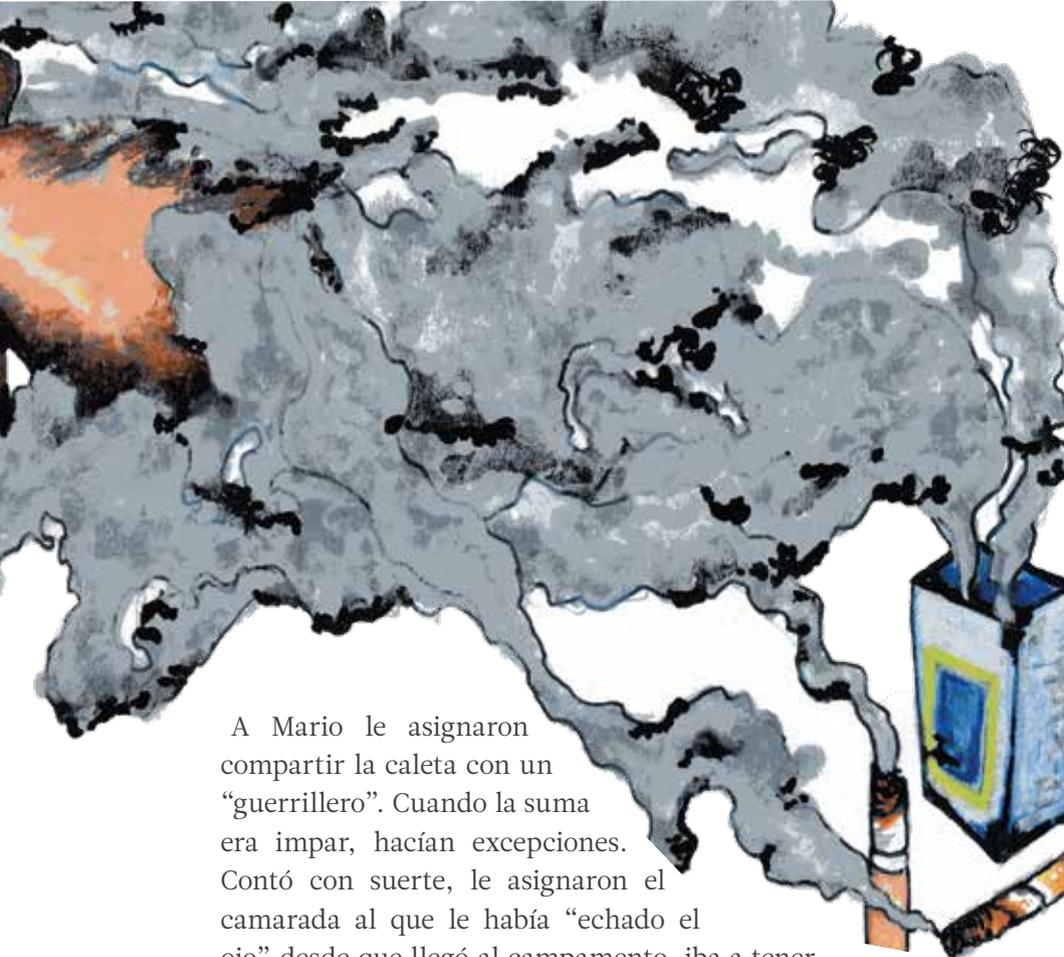
El homoerotismo no es antagónico a las instituciones militares siempre y cuando no traspase **determinados límites**. Incluso es incentivado en rituales de formación, en estrategias de inteligencia y en el avance de la jerarquía militar. El homoerotismo se enmaraña en situaciones de camaradería, protección, complicidad y en actividades de esparcimiento masculinas, como también de placer y deseo.

La escuela

“Llegaron los urbanos”, se escuchó entre los cuchicheos. Ese día comenzaba una escuela política en medio de las llanuras del suroriente del país. Era el inicio de varias semanas en las que se juntaban guerrilleros, milicianos y clandestinos. Había cierta apatía por los urbanos, se notaba que recibían mejores tratos que los propios guerrilleros, además su visita interrumpía la cotidianidad del campamento, alterando las responsabilidades militares, la comida y el reparto de caletas para dormir.

Cuando los “urbanos” llegaban a un campamento, había una instrucción para compartir caleta: de a dos personas y urbanos y guerrilleros separados. Este reparto era por seguridad; en la intimidad de la caleta escapaban informaciones que no debían difundirse de un grupo a otro. Así también evitaban relaciones sexuales u amorosas. Los “urbanos” se marcharían del campamento y el enamoramiento era una de las principales causas de deserción, de traslados o de incumplimiento del reglamento guerrillero.





A Mario le asignaron compartir la caleta con un “guerrillero”. Cuando la suma era impar, hacían excepciones. Contó con suerte, le asignaron el camarada al que le había “echado el ojo” desde que llegó al campamento, iba a tener su cuerpo muy cerca y por muchas horas a su lado.

La primera noche el ambiente fue tenso. Encerrados en la carpa no sabían qué hacer ni de qué hablar. Ante la incertidumbre, el guerrillero invitó a Mario a fumarse un cigarrillo. Se fueron para una zona alejada de las demás caletas. El ambiente seguía raro, lleno de timidez y de risas estúpidas. El guerrillero alzó un tronco tirado en el piso para sentarse y al levantarse sus caras se chocaron. La mirada tan cercana y el roce de la piel sirvió para romper el hielo. La conversación tomó otro rumbo.

¿Por qué está acá? ¿Cuándo ingresó? Fueron las preguntas iniciales. Al sentir empatía, los temas se fueron tornando más íntimos. El guerrillero le dijo a Mario que era careniño. Entrado en esa confianza, también le preguntó si tenía esposa. “No me interesa tener esposa”, le respondió Mario.

“Estamos como en las mismas”, replicó el guerrillero.

También le contó que siempre lo habían querido “asociar”, en la jerga guerrillera, con una camarada, pero que no le interesaba.

Mario se relajó y le confesó a su compañero que era bisexual. La confidencia intrigó al guerrillero: “¿Qué se siente besar a un hombre? ¿Sentir su olor? ¿Qué se siente estar desnudos?”, quiso saber.

El guerrillero no hablaba nada sobre él mismo. Se veía nervioso, incómodo, como si quisiera expresar algo y no fuera capaz. “Estoy corto”, decía, porque creía que no sabía hablar. Después de varios titubeos, se desató: “quisiera tener un socio”.

El encuentro se fue tornando cada vez más entrañable. Habían revelado informaciones que no compartían a cualquiera. Mario lo hacía en sus círculos más cercanos de amistad y el guerrillero no se lo había contado a nadie nunca en su vida.

Con la certeza de que hablaban entre semejantes, decidieron darle otro paso a la noche. Todavía había varias per-

sonas rondando. Para no toparse con ellos decidieron ir al búnker a leer un rato. El guerrillero tenía bajo su cuidado unos libros, varios de ellos usados para la formación política guerrillera. Mario identificó algunos títulos: *El coronel no tiene quién le escriba*, *Juan Salvador Gaviota* y *El principito*. Con sus risitas y sus coqueteos propusieron que cada uno escogiera un libro, para ver si coincidían. El guerrillero escogió el de García Márquez. Mario percibió entonces un rostro de pena en su compañero y se imaginó que tal vez no sabía leer. El guerrillero le dijo que sí sabía leer, pero que no muy bien, prefería que le leyera.

Con las primeras páginas, el guerrillero le dijo a Mario “me endulzas el oído”. Y luego: “me hace brincar el tímpano”.

Continuaron hablando sobre sus vidas y descubrieron que tenían algo en común: habían crecido en medio de una vida campesina, lazo que los unió más. Durante la noche hubo muchas preguntas del guerrillero, su curiosidad sobre el sexo entre hombres implicaba cuestionamientos ingenuos y otros que suponían un doble sentido dirigido a conquistar a su acompañante. Después de la tertulia, volvieron a la caleta. Ya era tarde y el guerrillero tenía guardia a la madrugada.

Al llegar a la carpa se acostaron y no se insinuó ningún acercamiento, estaban cansados. A la madrugada, el guerrillero se despertó puntualmente y se levantó a hacer su tarea. Mario, entredormido, sintió que el guerrillero se quitó su camiseta y alcanzó a ver su torso desnudo y brillante, con unos músculos marcados, tal como se lo imaginaba. El

bochorno de la región hacía que se sudara a todas horas. El guerrillero se dio cuenta de las miradas, se sonrojó y lo invitó a hacer guardia. Mario no aceptó, debían ser cautelosos.

Al día siguiente no se cruzaron en la mañana ni en la tarde.

A Mario le dio rabia, le parecía miserable que después de compartir tanto tiempo y asuntos personales, el guerrillero no se apareciera ni para saludarlo. Había algo que sin embargo comprendía: era difícil para su compañero afrontar por primera vez un acercamiento con otro hombre, y más en medio de sus camaradas y de sus superiores.

En la noche apareció el guerrillero, al fin y al cabo, tenían que seguir compartiendo caleta.

“Menos mal no fue hacer guardia conmigo, me distraía”, dijo el guerrillero.

La frase rompió el enojo de Mario. Esa noche el guerrillero no tenía guardia. Cuando se acostaron no rompieron el distanciamiento que les imponía la atracción y el miedo. A la media noche, el Guerrillero le puso un brazo encima. Mario pensó que lo había echo dormido, pero luego lo haló y lo abrazó. Al acercarse se rozaron las narices y se dieron un beso que fue solo una juntada de labios. Ese beso despertó el miedo, les daba pavor que los pillaran.

Para calmar la ansiedad, el guerrillero lo tranquilizó diciéndole que la caleta era la más lejana de todas, que no los iban a escuchar.

“¿Qué ruido se hace con un beso?”.

La actitud serena del guerrillero calmó a Mario y durmieron arrunchados. Para Mario fue bonito ver la salida del sol al abrigo de su compañero. Para el guerrillero fue distinto. Cuando despertó y se vio entrelazado con su camarada saltó y se levantó asustado.

Esa misma mañana mandaron al guerrillero a hacer labores a otros campamentos por varios días. Mario estaba concentrado en la escuela y a ratos pensaba en su compañero. A los tres días, tal como se había estipulado por el comando del campamento, el guerrillero volvió. Al encontrarse, sus ojos denotaron alegría. Ambos habían extrañado las conversaciones y el calor de sus cuerpos.

En la noche, como se había hecho costumbre, estuvieron tertuliano, fumando cigarrillo y leyendo el libro que habían escogido desde el primer encuentro. El guerrillero llegó con muchas preguntas y con algunas confesiones. Le dijo que nunca había hecho algo con un hombre. Estaba en la guerrilla desde los quince años. Le preguntó sobre sexo oral y “qué se sentía al estar dos penes cerca” y “qué se sentía al poner el pene atrás”. La conversación estuvo marcada por la vergüenza y los tarareos. El guerrillero nunca había preguntado sobre estas cosas, aunque se asomaban en su imaginación. La serie de dudas terminó con un veredicto: “tocará ver qué se siente”.

La frase fue un vaticinio. Esa noche flotaba otra disposición por parte del guerrillero, su mirada y su cuerpo lo demostraban. Se fueron para la caleta, el lugar que se había convertido en la guarida de su secreto. El guerrillero, al acomodarse para dormir, desnudó sus nalgas, quería probar “qué se sentía”. El temor a ser pillados no dejó que fluyera bien el encuentro, pero hubo ganas y la pasión fue suficiente para combatirlo. Tuvieron sexo en silencio y con la precaución de que no se viera nada.

Al amanecer, el guerrillero se levantó con actitud de “pasar la página”. La pasión había quedado atrás, era un nuevo día y no se podía dejar rastro de lo ocurrido, ni siquiera en sus miradas, en sus gestos o en la complicidad corporal que asoma entre dos amantes.

Al finalizar el día, Mario no aguantó y lo incriminó: “¿ni un saludo, o es que quedó asustado?”. La respuesta del guerrillero fue distinta a la actitud de menosprecio que Mario estaba imaginando. Le confesó que le había gustado mucho y que no quería enredarse.

“Usted se va para la ciudad”, le recordó con tono de tristeza.

Mario le propuso entonces que pidieran un cambio de caleta ante los superiores. Por varias horas el guerrillero se vio desesperado, iba de un lado a otro, sus ojos se notaban inquietos. En una de las jornadas pedagógicas, en medio de los camaradas, se las ingenió y le hizo señas a Mario para que no solicitara el cambio.

La escuela supuestamente duraba dos semanas, pero se alargó, duró veintitrés días. Siguieron compartiendo las noches, el búnker, el tinto, la lectura y, por supuesto, la caleta. No todos los días tenían sexo, pero la seguridad y la ilusión de que al acabar el día iban a estar juntos, hizo que fueran días especiales. Por momentos, tanto Mario como el guerrillero se detenían en un pensamiento: “que rico que siguiera pasando”.

La escuela terminó, Mario dejó el campamento y volvió a sus labores en la ciudad.

Al regresar a su casa Mario pintó un dibujo. Con sus dotes de artista esbozó la figura de un hombre mirando hacia el horizonte y su amante recostado en su hombro. Lo pintó para retener el recuerdo del guerrillero, cuyo nombre nunca conoció. El dibujo lo compuso con una frase. La consigna aludía a los sentimientos por la lucha social y cómo en los caminos de esa batalla se encuentran personas que le ratifican esa convicción.

Esa primera versión del dibujo la alteró. Pensó que era una silueta muy evidente y que las facciones del rostro estaban muy definidas. Tuvo miedo de alguien del grupo lo viera y descifrara quiénes eran, en especial, qué camarada de la montaña era. Para encubrir a su amante, Mario trazó hojarasca alrededor de las siluetas, perfiló más sombras y borró las facciones características de su compañero: rebajó las cejas, cambió su nariz y le puso barba, un rasgo común en los guerrilleros.

Geografías homoeróticas de la guerra:

*Lugares segregados de prohibición
y deseo, caletas, duchas, baños...*

*lugares de mapeo del riesgo y de la
seguridad, zonas para fumar, jornadas
de esparcimiento, la guardia...*

*arquitecturas contradictorias,
transgresoras, ríos, árboles,
caminos en medio del monte...*

En medio de la estratagema de la guerra **emergen y se filtran conspiraciones sexuales.**

La seducción se altera en los contextos armados: zonas de reunión, horas de encuentro, espacios de fiesta y lugares para tener sexo; el anonimato y la suspicacia son altamente maquinados. La seducción, el sexo y el amor entre hombres tejen marañas de vida y muerte. Son regocijo y condena.

Los estudios sobre sexualidad en la guerra suelen concentrarse en la victimización, lo que ignora otros sentidos posibles de la articulación entre homoerotismo y violencia armada.

Temas como el deseo, el placer, la fantasía, las emociones o las relaciones sentimentales son asuntos que, aunque siguen minados por el poder de la guerra, presentan otros derroteros en medio de las armas. **El homoerotismo hundido en los rincones de la guerra requiere de instigación e imaginación** para superar la lectura estrictamente victimizante.

Cruising guerrillero

Era fin de semana, a lo lejos se escuchaba una guitarra y el tarareo de un grupo de cantantes improvisados. César estaba con su camarada tomando café y fumando cigarrillo. El camarada le dijo: “quiero echar río”.

De acuerdo a las normas del grupo, podían bañarse dos veces al día; no era extraño bajar al río en horas de la tarde. Pidieron permiso a sus superiores y sumaron al grupo de cantantes.

Ya en el río, César y el camarada se distanciaron del grupo, se quitaron la ropa y se metieron al agua en “calzones”. “Sería rico quitarse la ropa interior”, le dijo el camarada. César se sonrojó, la tirada de perros lo puso ansioso. “Descuídese y se los quito”.

No podían alejarse. Todos siempre vivían en el fantasma de la deserción. Escaparse del grupo era una práctica común que había aumentado gracias a las políticas contrainsurgentes de los últimos gobiernos.

El coqueteo y las ganas continuaron.

Debajo del agua, donde los ojos de sus acompañantes no podían llegar, empezaron a manosearse y a “morbosear”. Se sumergían y en los pocos segundos de aire tocaban al otro. “Quíteselos”, “bájese y me lo chupa”, le decía el camarada. Lo intentaron, pero el miedo se apoderó de César. “Estamos dando mucha papaya, nos van a pillar”.

Pararon el juego porque las voces de los demás compañeros se acercaron. Les dijeron que ya era hora de irse. El tiempo de permiso se había cumplido. Todos salieron del río y se vistieron.

Mientras esto sucedía, el camarada de César se acercó a un compañero y le habló entre susurros: iba a acompañar a César al monte; éste estaba estreñado.

Lo orden militar era que nunca anduvieran solos, debían tener la compañía de otro, incluso para aquellos imprevistos. César y su camarada tomaron otro camino.

Querían intentar seguir con sus andanzas. A los pocos metros de caminata, el camarada se da cuenta de que se le ha caído la guerrillerita. Volvieron a buscar entre los arbustos. La guerrillerita era una pañoleta que usaban los guerrilleros y que cumplía varias funciones. La principal, protegerse del sol y secarse el sudor. El camarada la llevaba en la pantaloneta, pero en medio del manoseo se le había caído. Por fortuna, la encontraron rápido. En la búsqueda del trapo, el camarada siguió insinuándose, le tocaba las nalgas a César y se atrevió a darle un beso. Entonces le dijo “tengo ganas de metérmelo en la boca”.

César se agachó para mamárselo a su camarada y luego cambiaron de papeles. La adrenalina y el miedo acentuaban el goce. César estaba pendiente que no se viera nada o si venía alguien. El camarada notó la actitud de alarma y le alegó: “usted no está acá, vámonos”. César le contestó “no, aprovechemos”, y se entregó a la calentura cogiéndolo del pecho y diciéndole “usted tiene un pecho rico, venga le hago el beso negro”.

“¿Usted se unta la boca de negro o qué?”, le contestó el camarada.

César se sonrojó con la ingenuidad que acababa de escuchar. “Si quiere, se deja y le enseño”.

El camarada entendió y le dijo “el culo no está pa’ eso”.

“Tampoco estaba para penetrarlo y vea ... ¿por qué no podría besarse?”.

El camarada pensó un momento, luego dijo: “ya me limpié en el río, deme pues esa lección”.

César comenzó a masajear el trasero de su amante, a acariciarlo, a darle besos en sus nalgas y luego tomó rumbo a su destino final.

De repente, escucharon una voz. Pararon en seco y se subieron rápido los pantalones. Aguzaron la mirada y descubrieron que venía otro grupo de camaradas a bañarse. “El camarada estaba haciendo”, dijo César.

El grupo les alzó la cabeza y siguió para el río.

“Hay que seguir lo que empezamos” dijo el camarada cuando volvieron a quedar solos.

Caminaron hasta otro matorral desde donde alcanzaban a ver una parte del río.

“Tocó rapidín”, se dijeron y carcajearon.

César le pidió a su camarada que lo penetrara. El camarada no sabía cómo, era su primera vez y le daba susto lastimarlo.

Al rato, en la torpeza, de nuevo tuvieron que parar de tajo y el camarada le dijo “quedé con ganas de desarrollarme”. Se refería a la eyaculación. Entenderlo fue para César una vuelta sobre el placer.

Volvieron al campamento. Pero las ganas no se iban.

A César le habían encargado la tarea de hacer ejercicios de alfabetización con los hijos de la familia que vivía en la finca más cerca al campamento. Ya había bajado varias veces. La casa quedaba a veinte minutos caminando. Justo al regresar del río le ordenaron que fuera a seguir con su encargo. César pidió que lo dejaran ir con el camarada. Las entrañas le temblaban. El mando del grupo aceptó la propuesta y les pidió que volvieran para la hora de la comida, entre 4:30 y 5:30 de la tarde.

Iban a arrancar cuando, a última hora, los mandaron con otro compañero. Los tres emprendieron la caminata. A mi-

tad de la trocha, el acompañante les dijo que le habían encomendado otra tarea y se desvió por un camino alterno.

El destino parecía favorecer su calentura.

“¿Quiere terminar lo que empezamos?“, dijo el camarada.

Se resguardaron en un árbol y reanudaron lo que habían dejado a medias. El camarada le hizo el beso negro a César. Era el momento para volver a intentar penetrarlo. César le dijo que se tranquilizara, que se dejara llevar, que lo metiera despacio, sin afán, y que luego él le decía cuando podía moverse. Tras unos segundos de acomodo, César empezó a mover al camarada. Estaban en plena acción, excitados, cuando les apareció un perro. El animal era indicio de que alguien podía estar cerca. Pararon en seco, abrumados. Se subieron los pantalones y corrieron hacia su destino.

En la casa había otro grupo de guerrilleros esperándolos. César y el camarada no sabían de aquella visita. Eran compañeros que iban para el campamento y el plan era que ellos dos fueran sus guías. César y el camarada estaban agitados, con sus rostros rojizos y su cuerpo bañado en sudor. Les reclamaron: “¿Cuál fue la demora? Ya íbamos a hacer informe”. El informe era un formato que usaban para denunciar comportamientos que desatendieran las normas del grupo armado. Era un mecanismo usado entre los mismos guerrilleros rasos. En medio del agite y la sorpresa, se inventaron que César había parado a fumar y que por eso se habían demorado.

Con el paso de los minutos la excitación se fue aplacando. Empezaron a realizar sus tareas, pero siguieron sintiéndose azarados. César preparó su lección con los niños, mientras el camarada recorrió la casa y los visitantes se quedaron por ahí merodeando. César notó que el camarada estaba incómodo y que ocultaba con una mano un pedazo de su pantalón. El camarada se acercó y le confesó que se había “desarrollado” y había mojado el pantalón. Olía a semen.

Al escuchar a su compañero, César se dio cuenta de que también había eyaculado. Era una buena mojada a pesar de que no habían llegado al orgasmo. El trajín y la adrenalina de bajar corriendo y el roce de sus miembros con los pantalones había producido la secreción. Al camarada se le notaba más la mancha. César lo mandó a limpiarse con algo húmedo, o en el tanque o en el baño de la casa. El paso de los minutos, la turbación por la visita inesperada de sus compañeros y las tareas de cada uno en la casa, el uno por un lado y el otro por otro, apagó la excitación. César pudo concentrarse en su tarea, enseñar a leer y a escribir, y pudo reflexionar también en la papaya enorme que habían dado: casi los pillan dos veces en una misma tarde.

*Discursos (¿antiguos, todavía presentes?)
frente a la homosexualidad en los
movimientos de izquierda*

*asunto burgués, degeneración física,
aberración contrarrevolucionaria, degradación
moral de las últimas etapas del capitalismo,
contaminador de la salud física de las
organizaciones, desvirtuador de la lucha,
inmoralidad religiosa, desplazamiento de
la masculinidad revolucionaria, influencia
intervencionista estadounidense, hedonismo
aburguesado, lucha subsidiaria, descontrol sexual*

*El encuentro requería que fuera entre machos, y en la guerrilla, de algún modo, ese requisito ya estaba garantizado: las prendas militares, los cuerpos musculosos, la barba, la boina, hacían parte de **una permanente teatralidad de lo viril**. El homoerotismo en los grupos armados performa y reafirma la virilidad militar.*

La pasarela



Para Diego era un día especial. Iba a conocer al secretario político de la célula de la que era parte. No era un asunto personal. Hacía parte de un conjunto de eventos significativos dentro de la vida guerrillera. Diego además quería que lo vieran y que supieran que no era un rumor: era real ese “marica” que hacía parte del grupo.

Hay ritos militares en grupos con jerarquías marcadas que invisten al guerrillero de reconocimiento y en los cuales el guerrero transita de un estado a otro. El secretario político era el personaje que confirmaba la existencia del militante en las antiguas Farc-Ep.

Diego viajó a otro departamento para el acontecimiento. Luego tuvo que echar montaña arriba en medio de un aguacero y de un pantanal salvaje. Dada su poca experiencia en la montaña, siempre estuvo atrás del grupo. Los demás ya conocían la ruta y estaban acostumbrados a la pisada cuidadosa y ágil en los pantanos de la selva. Ahí nació uno de los señalamientos que los guerreros de montaña hacían a los militantes de ciudad: “no eran guerrilleros de verdad”. La poca destreza para enfrentar el monte ponía en entredicho su valentía guerrillera. Entre los camaradas hombres, ese estigma se dirigía a la masculinidad. Los milicianos de ciudad eran considerados poco hombres, poco guerrilleros.

La ropa de Diego no era apta para la travesía. Su bermuda rosada, sus zapatos de cuero y una camisa, contrastaban con los ropajes militares de los demás. El pantano en sus zapatos, la ropa empapada por la lluvia y el cuerpo sudoroso no eran buena antesala para su presentación ante el secretario. Al menos no para la presentación que había imaginado y que pasaba por una entrada triunfal y amanerada al campamento. Diego era un militante que se sabía distinto a los demás. No podía llegar sin marcar la diferencia.

El recorrido arduo les tomó hora y media. Tal como lo había planeado, Diego comenzó a desfilar para que todos y todas se dieran cuenta de que había llegado el marica, que sí era real a pesar de sus fachas. Imaginó una pasarela en medio del lodazal y desplegó todos sus atributos. No fue punta-tacón, punta-tacón, como hubiera querido, pero

consiguió controlar los resbalones y se sintió satisfecho de su presentación a pesar de la lluvia y los nervios.

Para Diego nunca fue un problema asumirse marica. De hecho, siempre lo usó como bandera dentro de la organización. Con todo, los y las camaradas no esperaban esa entrada y sin embargo no hubo rechazo ni estigma. El desfile, según Diego, le otorgó reconocimiento. Los camaradas decían: “ese marica tiene carácter”. Y así fuera el de una “loca”, el carácter era un bienpreciado para un guerrillero.

Después de compartir varias horas con los miembros del grupo y de varias conversaciones con el uno y con la otra, Diego empezó a ser señalado, pero no por su apuesta corporal, sino por su discurso, que para la guerrillerada resultó “muy liberal”. No importaba lo que era, importaba lo que decía. La palabra y sus resonancias políticas eran cruciales dentro de la organización. A pesar que se preocupó todo el tiempo por “botar línea súper roja”, es decir, comunista y fariana, para algunos el discurso fue “muy eleno” o “estatal”. Estos contratiempos no impidieron que Diego pasara la prueba y recibiera el reconocimiento y el apoyo del secretario de célula, lo que, al fin y al cabo, era el principal objetivo de su viaje. Ese mismo día, en la tarde, Diego se retiró del campamento y emprendió su camino de regreso, con sus ropas mugrientas y coloridas e investido de honor militar.

Existe más de un clóset: primero, el del sujeto que debe tener cuidado dada su condición de excombatiente; segundo, el de la sexualidad de dicho sujeto excombatiente. Son dos las maniobras complejas que debe sortear a diario en su vida.

Pero existe un tercer clóset, porque la metáfora de los clósets no sólo alcanza al proceso individual, sino también el colectivo y gubernamental: la Agencia para la Reincorporación, el Estado colombiano y el proceso transicional no han salido del clóset.

Las redes de apoyo, de solidaridad y acogida han sido protagonistas en la historia de las poblaciones homosexuales, queer o LGBTIQ+. Para el caso del conflicto armado en Colombia, estas redes han posibilitado la sobrevivencia, la resistencia y el luto.

Ante la inoperancia del Estado, las amistades maricas han sido cruciales. Pero la población excombatiente LGBTIQ+ no cuenta con instancias u organismos que emprendan, decididamente, procesos de reconocimiento de su victimización ni de sus condiciones de reincorporación. No tienen ni siquiera con quién chismosear de sus aventuras o quién les advierta de las trampas del sexo y del amor.

*El amor podía ser un aliado:
amor por la revolución;
o la consigna movilizadora el amor es político.*

*Pero también podía ser un enemigo
para la insurgencia.*

*El enamoramiento dispersa la entrega
a la subversión, incita a desertar o a
divulgar información militar.*

*Existía la doble clandestinidad: ser
guerrillero y ser amante.*

El tropel de las sirenas

Rafael no conocía el mar. Fue debido a su militancia que pudo hacerlo. Ocurrió en un Cabildo Nacional en Cartagena, una reunión numerosa de organizaciones sociales, barriales, campesinas, juveniles y universitarias de todo el país. Rafael hacía trabajo político en su barrio y en su pueblo. La delegación de su departamento eran aproximadamente cuarenta personas. Rafael sabía de algunos que también eran clandestinos como él.

En el receso de la primera mañana del Cabildo, Rafael buscó una zona despejada para fumarse un cigarrillo y se encontró con Marco, un camarada. Lo conocía de su trabajo político en su mismo departamento y sabía que también era clandestino. Al margen de ello, también lo había “pisteadado” y le parecía “atractivo”. Marco era de pinta aburguesada, lo que contrastaba con las pintas hippies o punketas comunes en los grupos de clandestinos urbanos.

El camarada le pidió una fumada y Rafael, burlándose, le recriminó:

“Acá en la calle, acosador”.

Marco se puso nervioso. Sus manos y el titubeo al hablar lo delataron. Intentaba tutear, pero no le salía bien. Para sobrellevar la vergüenza, no continuaron con el coqueteo torpe y hablaron sobre la estadía.

A Rafael lo habían hospedado en un hotel, mientras a la mayoría de organizaciones, como la de su camarada, las habían acomodado en carpas dentro de un coliseo. Marco se quejó de esas condiciones y aparentó un dolor de espalda. Luego aprovechó la vibra que estaba sintiendo con las miradas de su compañero y le pidió hospedaje en su cuarto. Rafael estaba compartiendo habitación con otras cuatro personas, pero tenía una cama doble solo para él. Aceptó la propuesta, no quería desaprovechar esa oportunidad. Su condición para Marco fue que no le dijera a nadie.

Al terminar la jornada del primer día, Rafael acompañó a su camarada por la maleta hasta el Coliseo y aprovechó para saludar a varios compañeros. Se fueron para el hotel casi a la media noche. Como Marco no estaba registrado, idearon un plan en el camino.

A los pocos minutos de entrar en la habitación, Rafael salió y le inventó al recepcionista que había regado una bolsa de arroz, necesitaba una escoba. Asumió que el empleado iría por la escoba y dejaría sola la entrada. El recepcionista le explicó que los servicios del hotel cubrían esos percances, pero Rafael le insistió tanto que él quería barrer de inmediato que consiguió hacerlo irse por un instante y así entró su camarada a escondidas.

Los compañeros de cuarto no habían llegado, estaban aprovechando las noches caribeñas de la ciudad. Al acostarse no hubo ninguna insinuación, solo querían descansar. En la madrugada, Rafael sintió que le halaron la mano, como buscando un abrazo, y arrunchó a su camarada. Más tar-

de, Rafael estaba durmiendo boca arriba, una posición en la que casi siempre roncaba. Marco lo despertó:

“Está roncando”, se lo dijo tocándole su sexo.

Rafael jadeó entre dormido y le alegó: “pero ese no ronca”.

En la mañana, el arreglo de todos los ocupantes de la habitación para ir al Cabildo era caótico, solo había un baño y había que usarlo lo más rápido posible. En su turno, Marco dejó la toalla y gritó para que se la pasaran. Rafael entreabrió la puerta para tirársela y alcanzó a verlo desnudo, fuera de la ducha, un coqueteo que llenaba de encanto su viaje.

Antes de tomar el transporte para el Cabildo se fumaron un cigarrillo. Rafael, con timidez, le preguntó por la cama, pero Marco lo ignoró. Luego le dijo “la arrunchada estuvo rica”.

Los primeros días del Cabildo fueron rutinarios. La programación, las tertulias y el cansancio hizo que los días pasaran sin novedades. El acercamiento de Rafael y Marco de la primera noche no varió mucho: compartían habitación con los demás, dormían juntos y se arrunchaban con cautela. Se fueron conociendo cada vez más el cuerpo: al vestirse, al entrar a la ducha y por las miradas que cada vez se tomaban más confianza.

Al final de la semana les programaron una tarde libre. Muchas personas participantes del Cabildo ya se habían volado al mar, pero otras, como Rafael, habían cumplido rigurosa-

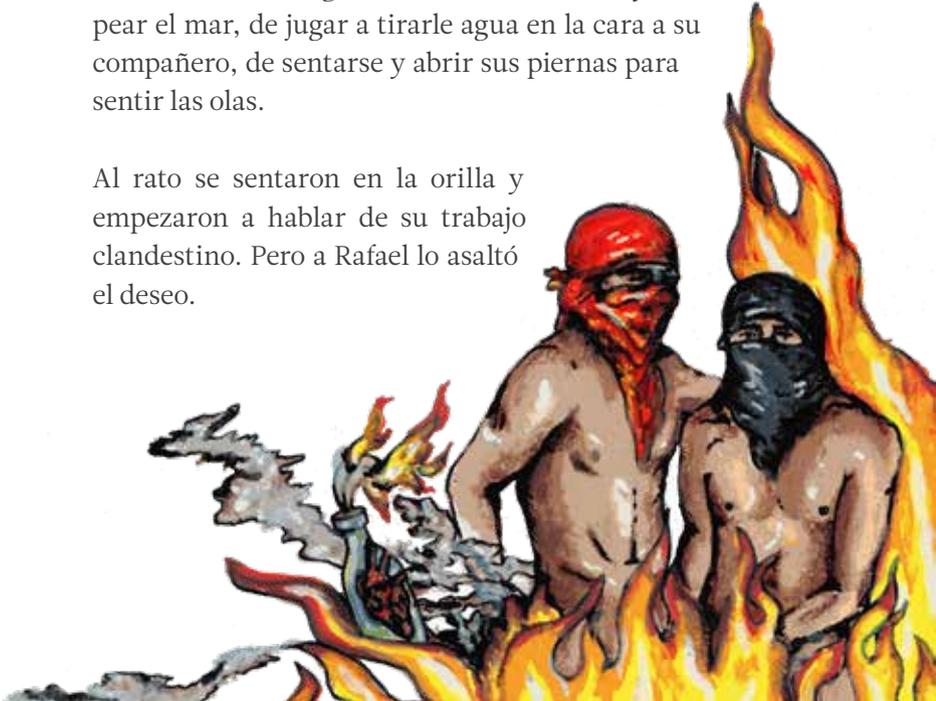
mente la programación. Su formación guerrillera de cumplir órdenes y atender un calendario había sido bien aprendida. La tarde libre terminaba a las 5:00 p.m. y continuaba una programación cultural.

Después de almorzar, Rafael y su delegación se fueron a caminar alrededor de la playa. También fue Marco, que ya parecía otro miembro del grupo. Los dos iban separados de los demás.

“Tengo ganas de meterme al mar”, interrumpió Rafael.

Entraron a la playa y dejaron a sus acompañantes atrás. Rafael recordó que el día que llegaron a Cartagena y vio por primera vez el mar, se le aguaron los ojos ante la majestuosidad del agua. Al pisar la arena y sentir el aroma fresco de la brisa, le dieron ganas de salir corriendo y chispear el mar, de jugar a tirarle agua en la cara a su compañero, de sentarse y abrir sus piernas para sentir las olas.

Al rato se sentaron en la orilla y empezaron a hablar de su trabajo clandestino. Pero a Rafael lo asaltó el deseo.



“¿A usted le gustan los manes?”, le preguntó a su camarada.

Marco se extrañó con el cambio de tema y le dijo: “lo que sea”, así, cortante, y para sobrepasar la tensión de la conversación se quitó los calzones.

“Que rico sentir la arena en las güevas y en las nalgas, ¿no?”, y convidó a su compañero a que lo siguiera.

Para Rafael era una experiencia nueva, le encantó esa sensación y más al lado de su camarada. Cuando el calor de la arena dejó de ser excitante, se metieron desnudos al mar.

Marco se zambullía en el agua, sacaba su torso y sus nalgas a la orilla, como una sirena. Rafael no aguantó y le tocó las nalgas.

“Uy camarada, ¿qué pasó?”, reaccionó Marco.

Rafael interrumpió el cortejo y le recordó que en ese viaje no podían usar esa palabra.

Marco le tomó la mano y le hizo tantear bajo las olas su verga parada. Rafael se sumergió e intentó chupársela, pero la opacidad y el sabor del agua lo hicieron desistir. Decidieron seguir jugando, zambulléndose y enrollando sus piernas, sintiendo la desnudez del otro.

“Usted se imagina los dos con overol en una gaseada”, le dijo Rafael.

La frase excitó a su compañero y el juego se tornó más ardiente.

“Paremos, paremos”. Rafael vio que sus acompañantes se estaban yendo.

Marco respiró profundo y esperó unos segundos para re-confortarse de la calentura. Le confesó que ya se había venido y tenía que esperar unos minutos para que se le bajara. Al salir del agua, los demás ya estaban lejos.

Cuando llegaron a la habitación, los compañeros ya se habían ido para los actos culturales. Rafael entró al baño y al salir su compañero se había puesto una camiseta en la cara, simulando las capuchas que se ponían en los enfrentamientos contra la policía.

“¿Qué tal si lo hacemos así, como en un tropel?”, le propuso.

Rafael buscó rápidamente entre sus ropas, sacó la primera camiseta que encontró y se encapuchó también. El verde oliva de la camiseta del camarada contrastaba con el blanco de la de Rafael. Los dos encapuchados se fueron para la ducha a formar su tropel y terminar lo que habían empezado en el mar.

Mientras se vestían, Marco le confesó a Rafael que le estaba gustando el amorío: “me estoy como enculando”.

“Solo estamos culeando rico, no más”, le contestó Rafael.

Llegaron a tiempo y por separado a la actividad cultural. Luego volvieron a toparse al final. Rafael vio a su compañero sentado en una acera con una compañera entre sus pier-

nas, otra camarada clandestina. A pesar de la distancia, se notaba que Marco estaba angustiado, cabizbajo y con señales de desesperación.

Rafael no lo perdió de vista. En una de las volteadas a mirarlo vio que Marcó estaba llorando. Mientras la compañera se paró a buscar ayuda, Rafael aprovechó para acercarse y preguntarle qué le pasaba.

Marco, en una retahíla, le admitió que tenía novia, que era la mujer que estaba con él, que lo que estaba pasando esa semana entre ellos no podía ser, que esa noche no se iba a quedar en el hotel, pero que quería estar otra vez con él, solo una, despedirse. Rafael no sabía que Marco tenía pareja, lo tomó por sorpresa.

Al ver que la novia se acercaba, Rafael se retiró y deambuló un rato para tramitar la noticia. Por suerte se encontró a una de sus amigas más cercanas, con la que no había conversado en toda la semana. La historia de Marco estaba persiguiéndolo. Su amiga, sin preguntarle nada, le contó de sopetón que se había besado con la novia de Marco. Mientras ellos estaban en el hotel, ellas se habían quedado juntas todos los días en las carpas. Rafael entonces le reveló a su amiga su propia historia. Ambos, Marco y su novia, y ellas mismas, “tenían su guardado”. Quién lo iba a creer.

Con tantas noticias y emociones juntas, Rafael decidió irse temprano para el hotel. Paró un taxi y notó que le estaban abriendo la puerta del otro lado: era Marco.

“Sí, claro. Me voy con usted”, le alegó.

Faltando una cuadra para llegar al hotel, Marco le pidió al conductor que parara y se bajó. Rafael no intentó detenerlo. Estaban pasando muchas cosas inesperadas esa noche y una más no le sorprendía.

Rafael aún estaba en la recepción del hotel esperando que le entregaran las llaves de la habitación cuando su compañero llegó caminando con dos condones en la mano. Marco, sin otra palabra de por medio, le justificó que su relación era abierta, que ella no sabía de su gusto por los hombres y que quería que fuera su última noche juntos.

Estaban solos en la habitación. Marco lo tiró a la cama y le balbuceó que quería mamárselo, no lo había hecho en toda la semana. Cuando ya estaba bajándole los pantalones, la puerta sonó. Rafael reaccionó empujando a Marco y metiéndose al baño. Cogió su cepillo y simuló que estaba lavándose los dientes. El susto no se le bajó ni con el agua que se lanzó a la boca. Miró afuera y vio los dos condones encima de la cama.

Eran dos compañeras que habían olvidado algo y ya regresaban a la fiesta. Una de ellas entró al baño y entre susurros le dijo a Rafael que la habitación olía a sexo, pero que al menos estaban usando condón. Luego las compañeras se fueron y Rafael le dijo a Marco que ellas se habían dado cuenta. La noticia le cayó fatal, fue como si se hubiera roto su clandestinidad. Lo miró estupefacto, se puso la camise-

ta, guardó los condones en su bolso y le preguntó si podía dormir en la habitación. Rafael le señaló la cama auxiliar.

Al día siguiente fue su viaje de regreso. Por problemas logísticos le pidieron a Rafael que viajara con la delegación de Marco. Al subirse al bus se dio cuenta de que el puesto que le habían asignado era JUSTO al lado de Marco y su novia. Rafael salió a fumarse un cigarrillo y ella se fue detrás de él. La compañera tenía sed y no encontró una tienda cerca. Rafael tenía unas gaseosas y otras comidas en su mochila, subió al bus para traerle algo y Marco se atrevió a hablarle:

“Así anoche no nos hubiéramos entrepiernado, hoy nos tocó cerca”.

“En la militancia vamos a seguir estando cerca”, le respondió Rafael, con algo de rabia, y se bajó a llevarle el refrigerio a su compañera.

Cuando el bus arrancó, Marco ya estaba dormido y así se la pasó todo el trayecto. Rafael y su novia se fueron hablando todo el tiempo, con la zozobra de que en algún momento ella le hiciera algún reclamo.

Meses después, en la militancia, Marco se burló de un joven por su voz aguda y por su amaneramiento. Rafael se enteró y lo enfrentó. Ese día terminó el encanto. Marco se alejó de la vida política y la última vez que Rafael lo vio fue en la marcha del orgullo, la de junio. Marco ahora es abiertamente gay.

*Las historias sexuales o sentimentales en medio de la guerra pueden parecer asuntos sin importancia para sectores propensos al réditto de los acontecimientos impactantes, personas atraídas por la pornografía de la violencia. Las gramáticas sobre el conflicto armado no pueden caer en la espectacularización y hacer uso político de ésta. Las gramáticas de la guerra pueden componer e imaginar **otras estéticas donde las tramas de la vida sobrepasen a las tramas de la muerte.***

Las Socias

Alejandro tuvo muchas socias en la guerrilla. Durante sus años en las filas se ennovió con más de una decena de camaradas. La primera fue Marta.

A cuarenta y ocho horas de terminar el despeje del Caguán, con la incertidumbre sobre los traslados y sobre cómo iban desplegarse las tropas, Marta le propuso a Alejandro que fueran socios. Aquella tarde estaban moviendo el material médico y sellaron el compromiso con un beso delante de un grupo de camaradas.

Desde su ingreso a la guerrilla en 1998, Alejandro no había tenido ninguna compañera. Marta estaba en la misma unidad y habían compartido actividades los últimos meses, pero Alejandro no la pretendía porque ella tenía novio y era un mando medio, debía respetar la jerarquía.

Duraron casi un año. Peleaban y volvían, peleaban y volvían, así se tornó la relación. Marta lo celaba mucho. Se dejaron porque a ella la mandaron para otra unidad. Para Alejandro la separación fue dura, “pero órdenes son órdenes”. El mandato militar prevalecía sobre el amor.

Marta le mandaba cartas, lociones y bolsas plásticas para que no se le mojara la ropa en las misiones. Alejandro también le enviaba cartas y galletas. Alejandro recuerda un “chiro” que recibió con la palabra “Marta” bordada. Esos pedazos de tela eran para limpiar y brillar el fusil. En la vida guerrillera el fusil los acompañaba hasta para dormir, era casi otra parte de su cuerpo. Alejandro guardó el chiro durante doce años junto a otros con el nombre de otras camaradas bordado.

Otra socia fue Rosa, una joven recién ingresada a la guerrilla y que le asignaron a Alejandro para que fuera su tutor. Una tarde, mientras rajaban leña, ella se le encimó, lo besó y lo abrazó apretándolo con mucha fuerza para demostrarle las ganas que tenía de juntarse con él. Alejandro aceptó. En ese momento no tenía compañera y la estaba haciendo falta con quien tener sexo. Al día siguiente estaban durmiendo juntos sin pedir permiso. En la unidad en la que estaban ese atrevimiento no generaba castigo.

Alejandro recuerda mucho ese noviazgo porque fue violento. Rosa era una mujer muy posesiva y tenía que hacerse lo que ella dijera. Peleaban mucho, ella lo cacheteaba sin que nadie se diera cuenta. Alejandro un día le contestó para defenderse, Rosa le puso el arma en el pecho y lo amenazó.

“A este hijueputa lo voy a matar”, le dijo.

Alejandro agarró el arma, tiró a Rosa al piso y le pegó tres puños en la cara. Nunca había golpeado a una mujer. Ese día terminaron la relación.

Las relaciones con Marta, Rosa y las demás socias lo hacían sentir que nadie sospechaba de su homosexualidad. Los primeros encuentros sexuales en su vida habían sido con hombres. Ya en la guerrilla se mantuvo resguardado en las relaciones con sus socias. Algunas decían que era como marica porque no se atrevía a decirles nada, ellas siempre eran las que tenían que dar el primer paso.

A Alejandro nunca le dejaron de gustar los hombres y nunca descartó la posibilidad de tener aventuras sexuales en la guerrilla. Se masturbaba pensando en “manes” cuando estaba sin novia o cuando ellas estaban lejos en misión. A veces cuando tenía sexo con ellas se imaginaba teniendo uno al lado, haciendo un trío. Morboseaba a los hombres de las películas o de las revistas que veía en los campamentos, también a los de las etiquetas de la ropa interior.

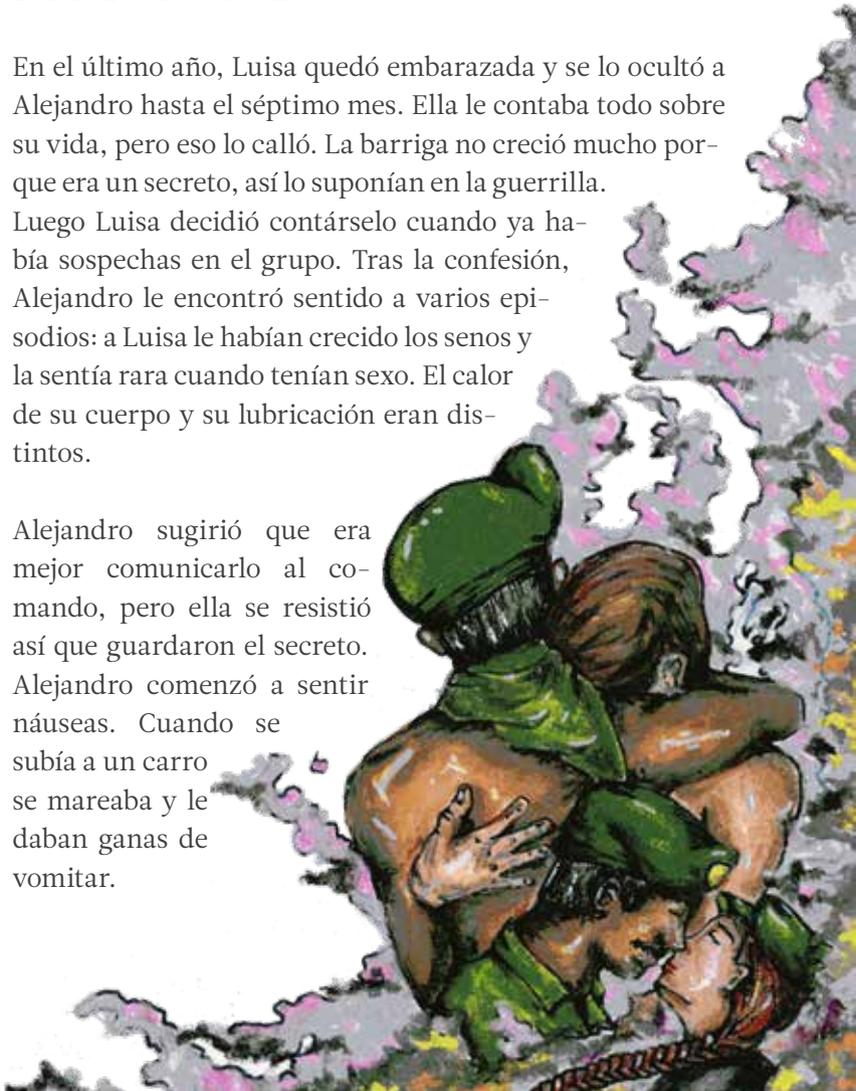
Se cuidaba mucho de mirar a sus camaradas para no suscitar chismes. Entre cuchicheos había escuchado historias tan terribles como que hubo quienes se suicidaron porque los habían pillado. Otras versiones decían que los licenciaban y los mandaban para su casa.

Otra socia fue Luisa, que era radista, es decir, estaba a cargo de las comunicaciones con otras divisiones. El comandante de su unidad había desertado y sospechaban que ella lo ayudó. Las sospechas se debían a que Luisa era una mujer osada y no se callaba frente a las cosas que no le gustaban. Debido a esa deserción la trasladaron a otra unidad, la misma de Alejandro. Así la alejaron de sus camaradas más cercanos y la mantuvieron vigilada.

Alejandro, en esta ocasión, fue el que se atrevió a decirle “tengamos algo”, pero le puso una condición: decírselo al comandante, no quería algo a escondidas. Luisa era muy posesiva, peleaban mucho. Sobre esos problemas no hablaban con nadie, ni siquiera con sus superiores, que algunas veces intervenían en los asuntos de pareja de sus unidades. Duraron casi cuatro años.

En el último año, Luisa quedó embarazada y se lo ocultó a Alejandro hasta el séptimo mes. Ella le contaba todo sobre su vida, pero eso lo calló. La barriga no creció mucho porque era un secreto, así lo suponían en la guerrilla. Luego Luisa decidió contárselo cuando ya había sospechas en el grupo. Tras la confesión, Alejandro le encontró sentido a varios episodios: a Luisa le habían crecido los senos y la sentía rara cuando tenían sexo. El calor de su cuerpo y su lubricación eran distintos.

Alejandro sugirió que era mejor comunicarlo al comando, pero ella se resistió así que guardaron el secreto. Alejandro comenzó a sentir náuseas. Cuando se subía a un carro se mareaba y le daban ganas de vomitar.



Con la zozobra de ser pillados y la incertidumbre del embarazo, comenzaron a fantasear con su bebé. Alejandro comenzó a ilusionarse con la idea de ser papá, soñaba con una niña, jugando con ella, alzándola y dándole de comer. Pensaron en nombres para ponerle: si era niña le pondrían Leyllidy, de Leidy y Yideth; o si era niño, Christopher. También pensaron en tenerlo y mandarlo para donde un familiar. La guerra y los campamentos no eran lugares para un bebé.

Cuando el embarazo estuvo avanzando lo comunicaron a la unidad. Era muy difícil seguir ocultándolo. Los tuvieron dos semanas sin ninguna respuesta. No sabían si les iban a dar permiso o si habría un consejo de guerra o alguna represalia.

Una noche, como a las dos de la madrugada, mientras Alejandro estaba de guardia, otros camaradas de la unidad se llevaron a Luisa encañonada y pasándola por su lado. El traslado fue a otra unidad cercana donde le provocaron un aborto. El procedimiento se complicó y tuvieron que rajarle su vientre para sacarle la criatura. Una camarada que estuvo en la intervención le dijo a Alejandro que había sido un niño.

Luisa estuvo más de una semana en recuperación. Querían tenerla alejada de Alejandro. Debido a la gravedad de la intervención, la sacaron a una casa civil y allí estuvo un año en recuperación.

Alejandro aún considera que es papá. Se imagina que si su hijo estuviera vivo estaría ahora acompañándolo. Con rostro entristecido dice: “tuviera yo mi chino”. Alejandro no tiene ningún rencor con el comandante o con la camarada que realizó el aborto, pero sigue lamentándose porque no le pudo hacer ningún luto a su hijo.

Tres meses después de la ausencia de Luisa, Alejandro se metió con otra camarada, la Negra. Alejandro se sentía solo y comenzó a echarse las miradas con ella. Una tarde decidieron hablar sobre el coqueteo y consideraron que Alejandro ya estaba soltero porque Luisa llevaba mucho tiempo fuera. En la guerrilla las relaciones entre socios cambiaban con frecuencia por los traslados y los imprevistos de la guerra.

La Negra también era radista y fue la última socia que tuvo en la guerrilla. Con ella fue distinto, no peleaban y se entendían muy bien. Compraban los implementos de aseo juntos: shampoo, jabón, peines, espejos. Ambos eran muy detallistas, se llevaban flores que encontraban en las trochas y escribían sus nombres en los tallos de los árboles. Ella le regaló buzos, lociones y a veces le daba un plato de comida de más a escondidas del comandante. La relación con la Negra duró casi tres años hasta que la trasladaron a otra región. Mientras seguían en las filas, siguieron hablando por radio. Después del Acuerdo de Paz, siguen en contacto.

¿El guerrero no ama?

Históricamente ha habido poblaciones designadas con el rótulo de “sujetos que no aman”: indígenas, negros, homosexuales, personas esclavizadas, discapacitados, prostitutas. Los combatientes “son monstruos”, eso dicen los diarios. “Son violadores”, eso gritan en las marchas. La sexualidad en la guerra se reduce a violación.

*Por tanto, a la luz del relato público masivo, los guerrilleros no aman, violan. Y los maricas culean, no aman. **Al guerrillero se le mata, jamás se le ama.***

Entre hombres y Grindr

Después de varios años en la guerrilla Nicolás iniciaba un nuevo rumbo. Comparecía ante la justicia transicional tras su proceso de desmovilización, pero para él aquellas audiencias y sus escenarios derivados eran algo más trascendente: intentar iniciar una nueva vida. Desde los dieciséis años había estado en las filas.

Desde muy joven lo tuvo claro: a él le gustaban los hombres. Cuando era pequeño descubrió su interés por ellos, le llamaban la atención sus músculos y sus labios, sentía cosquilleo en su cuerpo cuando veía los torsos desnudos de sus vecinos o de cualquier hombre en la calle.

Antes de ingresar a la guerrilla alcanzó a tener varias aventuras sexuales. A pesar de su inclinación, en los años que estuvo en el monte se contuvo y solo tuvo un encuentro sexual con un camarada. El resto del tiempo sostuvo relaciones afectivas y sexuales con mujeres. En la vida civil el rumbo era otro. Desde los primeros meses, Nicolás comenzó a tener varios amoríos. El primero fue con un funcionario de la alcaldía.

Debido a su condición de excombatiente, Nicolás asistía a diferentes actividades organizadas por la Agencia para la

Reincorporación y por otras entidades del Estado. En las primeras reuniones a Nicolás le pareció extraña la ayuda que el funcionario le brindaba, le hacía favores extras y se acercaba a él más que a otras personas.

La historia no trascendió. Un día Nicolás estaba en su casa y recibió una llamada, el funcionario resultó yendo y tuvieron sexo, “no más”. El rollo terminó ahí.

Sin embargo, para Nicolás era un buen augurio. Uno de sus primeros ligues había sido un funcionario de la alcaldía, quién lo iba a creer.

A pesar de que su familia vivía en la misma ciudad, Nicolás decidió organizarse solo en una habitación. El auxilio económico que recibía del Estado le alcanzaba justo para suplir estos gastos. Nicolás tenía otras ayudas como formación escolar y técnica para ingreso al mercado laboral. En la guerrilla, Nicolás tenía la comida y no era responsable de ningún tipo de gastos. Ahora tenía que pagar arriendo, alimentación, servicios públicos, transporte y uno que otro gusto; tenía que asumir cosas que antes ni se le pasaban por la cabeza.

En las pocas semanas que estuvo saliendo con el funcionario de la alcaldía, Nicolás conoció a otro hombre. Con el fin de tener ingresos económicos, le servía de auxiliar a un odontólogo. En las filas guerrilleras, además de sus funciones militares, Nicolás era el dentista de las unidades y había aprendido el oficio con entereza.

Un día, saliendo de trabajar, un cliente le ofreció llevarlo en moto a su casa. En la ruta pararon en una estación de gasolina y el cliente se encontró con una sobrina. Ella también iba acompañada de un hombre que desde un principio le echó la mirada a Nicolás. Mientras el tío y la sobrina hablaban, Nicolás y el hombre no desaprovecharon la oportunidad y con la excusa de un blanqueamiento dental intercambiaron números.

La etapa de la conquista pasó rápido. Así fue casi todo en esa relación. En la primera cita ya tuvieron sexo. Los primeros días no se paraban de la cama. Comenzaron a pasar la noche juntos. Un día cualquiera, Nicolás resultó teniendo un compañero de habitación, su novio.

Nicolás nunca había tenido un socio y nunca había vivido con un hombre bajo el mismo techo. Había vivido con sus camaradas, con los que compartía comida, abrigo y protección, pero bajo la lógica de la guerra.

Fueron tres meses intensos en los que Nicolás quiso dar lo mejor de sí, pagando el arriendo, dando regalos, invitando a comer y a salir de fiesta. Era algo novedoso para él.



La relación no terminó bien. El noviecito era un hombre con problemas de drogas y quería que Nicolás lo mantuviera, le pedía dinero hasta para su familia. A las pocas semanas empezó a llegar a altas horas de la noche y casi no compartían tiempo juntos. El día del cumpleaños de Nicolás terminaron. Fue un descanso para él. Quedó con muchas deudas.

Algo totalmente nuevo para Nicolás eran las aplicaciones de citas. En el monte no tenía acceso a estos dispositivos, la tecnología estaba al servicio exclusivo de lo militar. Nicolás estaba acostumbrado a conquistar cara a cara, en circuitos de ligue muy cerrados. Pasar la mayor parte del tiempo con los camaradas y la cercanía corporal hacían que el cortejo tuviera otros libretos. En la vida civil debía cambiar de estrategia e incursionar en otros terrenos.

Nicolás conoció las aplicaciones con el noviecito mantenido. Fue él quien le habló de sitios para encontrar pareja. Después de terminar su relación, comenzó a descargar varias en su celular. La zozobra y la ansiedad lo acechaban, en general no sabía cómo afrontar tales espacios.

Las indicaciones del noviecito no fueron acertadas. Al comienzo Nicolás descargó Tinder, un sitio usado para encuentros heterosexuales. A los pocos días de percatarse de esta situación, descargó Grindr y sintió que ahora sí estaba en lo suyo. Al ver tal ramillete de hombres sintió ilusión. En el monte solo se relacionaba con los de su grupo, a veces de muy pocos integrantes. Ahora tenía en su celular un listado amplio de hombres dispuestos a la desnudez.

Con la novedad, Nicolás aprovechó al máximo. Estuvo con el uno y con el otro. Las facilidades de la aplicación eran asombrosas. Nicolás nunca se imaginó que fuera posible tener a tantos hombres en su cama en tan poco tiempo.

“Me volví una puta”, dijo.

Una puta y un experto de las aplicaciones, porque llegó a tener varias en su celular. No bastaba con una, era mejor tener más oportunidades de conocer hombres o que algún día, quizás, pudiera conocer el amor de su vida. La travesía de ir de un lugar a otro por misiones militares cambió: ahora iba de un lado a otro desde su celular, coqueteándole a hombres y teniendo cuidado porque la mayoría de contactos no mostraban sus rostros.

En el monte jamás se imaginó que existieran tecnologías para encontrar amantes, que se compartieran fotos de torsos desnudos, de vergas o de culos sin tanto problema, ni que fuera fácil llevar a varios hombres a la cama. Este escenario contrastaba con el control en el monte, donde veía los cuerpos desnudos de sus camaradas a la hora de la ducha pero no podía hacer nada. Intentar cualquier cosa era una osadía.

Pasaron los meses. Nicolás “mató la fiebre”. Quiso buscar otro tipo de historias, encontrar amigos para chismosear de sus encuentros con otros hombres, de sus tragas y sus despechos. Nicolás nunca había conocido a otros hombres en plan de amistad.

Mientras en las filas estaban inmersos en contextos colectivos y de apoyo -compañía, cuidado, alimentación y camaradería-, en la vida civil esos apoyos se transforman y, en muchas ocasiones, desaparecen. **Los firmantes de paz transitan de un contexto marcadamente colectivo a uno individualista**, propio de la ciudadanía (neo)liberal. La llegada a la vida civil requiere de unas redes de bienestar que no estén supeditadas al Estado; requiere de otros agentes de los que se habían alejado por su entrada a las filas: la familia, los amigos, la comunidad, los colectivos sociales. No todos tienen -tuvieron- esos apoyos por igual. Suele ser el caso de los mandos bajos, las mujeres, los maricas.

*La jerarquía militar seduce y es seducida. Los comandantes aprovechan su posición, **pueden mariquearse un poco o por ratos**, pueden hacer travesuras con la transgresión. Aquel que moraliza, también transgrede. Ese mando, entre más alto sea, más consolida su impenetrabilidad.*

Care Barbie

El niño consentido, así se sentía el Flaco. Desde muy joven se había ganado la confianza de altos mandos de la guerrilla. Su buen trabajo y su lealtad al grupo eran reconocidos. También tenía pericia para ganarse a la gente. Si sabía que a un jefe de la estructura le gustaba el pan con brevas y a otro los mariscos, cuando subía de la ciudad les llevaba.

A ellos les confesó que le gustaban los hombres. No hubo castigo. Uno de ellos le dijo que lo intuía, la noticia no lo tomaba por sorpresa. Su forma de ser daba para suponer que era gay. El otro le ofreció protección. Las filas lo respetarían.

El Flaco tenía claro que no debía defraudar la buena fe de los jefes de estructura, por lo que siempre controlaba sus miradas y su comportamiento frente a los camaradas. Se contuvo de cualquier tipo de insinuación. Por más que le gustara alguien, no quería ningún rumor. Debido a esto, tampoco se percataba de las insinuaciones de algunos de sus camaradas. No se le pasó por la cabeza, por ejemplo, que Care Barbie le estaba coqueteando desde su llegada al campamento. Pensaba que sus regalos y el trato diferencial que tenía con él eran órdenes que venían de arriba, lo que en parte era cierto, pero no era la única razón.

El Flaco había subido a la montaña a quedarse unos días. Acostumbraba a hacerlo cada dos o tres meses como parte de sus funciones. Llevaba información y recibía instrucciones para sus labores en la ciudad.

Care Barbie era el jefe de finanzas del frente, una posición importante en la jerarquía del grupo. Su apodo era por su belleza: tenía ojos claros y un rostro con facciones finas que contrastaba con la barba y la rudeza del estilo guerrillero. Además, como la mayoría de sus camaradas, tenía un cuerpo atlético con los músculos marcados. Al Flaco le encantaba su trasero y ver cómo se le marcaba en el ropaje militar. También se fijaba en su boina terciada de medio de lado. Y había algo que le fascinaba: su amabilidad.

En esa última subida, al final de la tarde del segundo día, Care Barbie le dijo al Flaco –o le dio la orden– que esa noche tenía que compartir caleta con él. Al ver que la carpa estaba alejada de las otras –eran un grupo de cincuenta personas–, el Flaco intuyó las intenciones de su camarada.

Antes de irse a la caleta, Care Barbie le propuso comprar unas cervezas. La logística para comprar cualquier cosa, y más en horas de la noche, implicaba reacomodos del reglamento guerrillero. Subieron a una camioneta y se dirigieron a la tienda de la vereda. Nadie los acompañó. Ni siquiera las motos del esquema de seguridad que regularmente escoltaban este tipo de trayectos. Era una maniobra riesgosa a la luz de la lógica militar. El Flaco, al calcular la osadía de la compra de esas cervezas, confirmó su intuición.

En la camioneta, Care Barbie se quitó el arma para conducir más cómodo y se la puso al Flaco entre las piernas. Una de las instrucciones fundamentales era nunca quitarse la dotación, solo podían hacerlo para dormir. Al descargar el arma y al retomarla no le tocó al Flaco ni un milímetro de sus muslos. Por más de que la encerrona fuera evidente, el cortejo debía mantenerse en las miradas y en las palabras, no podía trasladarse ni a la punta de sus dedos hasta que estuvieran resguardados en la carpa.

El ruido de la selva amparaba las caletas individuales de los camaradas. Sólo la de ellos era para dos. La excusa para que el Flaco se quedara en la carpa alejada de las demás era, según Care Barbie, su condición de miliciano, pues entre menos contacto éstos tenían con la tropa, más conveniente era para la inteligencia guerrillera.

Bebieron las cervezas y relajaron el ambiente en la caleta. El licor les dio el atrevimiento final para pasar a lo que llevaban postergando todo el día. El Flaco interrumpió la conversación y lo besó. Luego le pidió disculpas, pero su compañero le susurró que no tenía que hacerlo, él también estaba esperando ese momento.

Care Barbie le insinuó que le hiciera sexo oral y luego que se dejara penetrar.

El Flaco se sintió bien, a pesar que sólo fuera “hágalo, déjeselo hacer y ya”. Durmieron arrunchados y a la madrugada volvieron a tener sexo antes de que comenzará la agenda del día.

Al salir de la carpa, todo volvió a ser como siempre, como si nada hubiera pasado. La relación entre ellos dos no cambió. El resto de la estancia del Flaco no volvieron a compartir carpa, no hablaron más de lo necesario, no compartieron ningún espacio que no fuera parte de sus tareas. Las visitas posteriores del Flaco al campamento también fueron así, como si nada hubiera pasado.

Por más de que al Flaco siempre le había gustado Care Barbie y de que, sin imaginárselo, había pasado una noche con él, nunca se le pasó por la cabeza que repetirían o se acercarían. Tampoco se creó ilusiones sentimentales. Sabía que en el contexto guerrillero este tipo de relaciones no podían tener ningún futuro. Era un experto y fiel conocedor de su doctrina.

Grafías posibles en un contexto político transicional.

Escrituras que interpelen los formatos y las lógicas de los documentos judiciales y de los proyectos testimoniales del Estado, de las agencias internacionales y de la academia.

Rutas entre los tiempos del dolor.

Recorridos que pretenden llevar a un destino a quienes caminan en ellos.

Los caminos están llenos de tráfico y de obstáculos que torpedean estas escrituras, que impiden o sancionan temas, que focalizan, que arrinconan otras grafías para seguir contando la guerra.

Considerar las transformaciones que pueden generar esas escrituras en el porvenir de las víctimas y de las comunidades.

Reflexionar sobre la emergencia y puesta en marcha de otras grafías para representar la guerra.

Ampliar los regímenes de lo escribible: escribir y difundir de muchas formas la atrocidad de la guerra en Colombia.

Un nombre: escrituras transicionales.

Los dispositivos de género y de sexualidad del conflicto armado permanecen en la reincorporación.

*“Maricones”, “violadores”, “monstruos”, “guerrilleros hijueputas”. **El estigma y la violencia continúan intactos.***

La salida del grupo armado suele representarse como un momento de liberación, pero el proceso de reincorporación tiene sus límites.

A pesar de que la política sexual de la vida civil significa algunas aperturas, el tránsito hacia ella no es menos un camino de ansiedad individual y social.

*¿Cuál es el verdadero **horizonte de acogida** a la vida civil para los protagonistas de estos relatos?*

El Canalla

El “Canalla” era el chacho: ese hombre cuyos atributos físicos, su palabrería y su posición en la jerarquía de la organización, llamaba la atención de muchas camaradas. Entre sus admiradoras se colaba también uno que otro hombre. Fue el caso de Fabián.

El Canalla era un sinvergüenza insolente en su trato con las mujeres. Sabía jugar con sus dotes, se aprovechaba de ellos para moverse de un ligue a otro y para servirse de favores militares: le ayudaban con esto y lo otro, lo acompañaban, delegaba; siempre acababa mandando. Para estar cerca de él, muchas guerrilleras y algunos camaradas obedecían sus caprichos. Era de esos hombres que, con tal de alimentar su ego y su hombría, dejaba que otros hombres lo admiraran. Él bien sabía que no solo era por sus destrezas militares o su sumario político dentro de la organización, sino por su belleza.

Pero nada le importaba. Quizás alguien podría lograr lo que varios fantaseaban.

En la tropa era personaje de varias historias de amor, algunas reales, otras no. Decían que era perro, su historial de amantes y novias era largo. En el chisme, algunos camaradas rumoraban que sí caía: entre tanta virilidad y

fanfarronería se le “mojaba la canoa”, decían, y que había tenido cuentos con manes, no cuentos sentimentales o rollos parecidos, solo aventuras sexuales.

Llegó así un aniversario especial de la organización. El Secretariado mandó a reunir a gran parte de sus filas en la zona de despeje del Caguán. No fue en plan militar, sino de festejo político, con reuniones y asambleas para discutir el porvenir del grupo armado dado que estaban en diálogos con el Estado para terminar el conflicto.

Fabián no recuerda si fue por casualidad o porque movió algunas fichas, pero le tocó compartir caleta con el Canalla. No era una carpa encerrada como las acostumbradas. Era un toldillo improvisado debido a la cantidad de camaradas que se encontraban en la conmemoración.

Había algo cómplice en la mirada del Canalla que complacía la admiración de los hombres. A esa esperanza se aferraba Fabián para lograr algo ese día. Cuando armaron la carpa, Fabián pudo comprobar lo que muchas decían: el man tenía un encanto especial; su cuerpo, su aliento y sus dotes para conversar formaban una atmósfera atrayente. Una cosa era tenerlo de lejos o verlo hablando en las asambleas. Otra era vivirlo cerca: de cerca era más encantador.

Para esa noche estaba preparada una fiesta. Había varias intervenciones musicales de los propios camaradas, pistas de baile, comida y licor. Era un escenario propicio para los planes de Fabián. Quizás lograra lo que otros no habían conseguido. La fiesta encubre y enceguece;

la bulla de la música, la embriaguez y la oscuridad de la noche camuflan destellos de historias, miradas que van y vienen, risas que insinúan y manoseos que consienten. Esa noche el control de la guerrilla se relajaba y la inspección juzgadora de los camaradas se descarriaba. Era una oportunidad excepcional.

La fiesta fue un derroche de alegría y tranquilidad. La mayoría de las tropas que venían de otras regiones hacía ya un tiempo que no vivían en la zozobra de ser emboscados. Habían tenido parrandas en sus campamentos, pero atravesadas por la amenaza constante de la guerra. Ese día, en el Caguán, estaban protegidos por su enemigo, el propio Estado colombiano.

El Canalla no desapareció del radar de Fabián, bailó con una y otra, repartió sus encantos de Don Juan. Con el paso de las horas se fue emborrachando y se acercó el momento de ir a la caleta. Fabián no le quitó los ojos de encima. La espera no fue tortuosa. Sabía que iba a compartir con él, que iba a tener su cuerpo cerca e iba a percibir su alienado pasado de alcohol.

El Canalla dio señales de que se iba acostar, no podía dejar que la embriaguez lo venciera y dar un mal ejemplo ante sus superiores. Fabián sentía como el deseo y el miedo se le esparcían desde la espina dorsal.

Cuando Fabián llegó a la caleta, el Canalla ya había caído rendido en su colchoneta. Estaba volteado en “cucharita”. Fabián se acostó a su lado y empezó a demostrarle señales

A stylized illustration in a sketchy, expressive style. On the left, a profile of a man's face is visible, looking towards the right. Below the face, a white cloth or shirt is draped and billowing, extending across the middle of the page. At the bottom, a man's hand is shown holding a green belt, and several brown glass bottles are clustered together. The overall style is reminiscent of a graphic novel or a modern comic book illustration.

para incitar un encuentro: se movió de un lado para el otro, se volteó varias veces y respiró profundo. Ante la quietud de su camarada, Fabián hasta estornudó. “Era una de esas oportunidades que se dan muy poco en la vida”, no la podía desaprovechar.

Con el ruido del estornudo, el Canalla se volteó boca arriba. Fabián se atrevió y empezó a deslizar la mano sobre la cintura de su camarada. Luego bajó un poco más sin recibir ningún rechazo. Siguió su rumbo: comenzó a desabotonar el pantalón y metió su mano hasta encontrarse con el miembro erecto. Con esa dureza en la mano, Fabián se dio cuenta de la tímida condescendencia de su compañero. A pesar de llegar hasta este punto, no pasó nada más esa noche. El Canalla no se inmutó. Tampoco se podía hacer mucho. Estaban en un toldillo transparente, había iluminación y los rancheros ya estaban comenzando a hacer la guardia. “La güevonada con el Canalla siguió por un tiempo, pero nunca pasó nada”. Fabián nunca volvió a tener una oportunidad como la de esa noche.

*El enfoque de género del Acuerdo de Paz fue demonizado. Los promotores del NO al Acuerdo en el plebiscito del 2 de octubre del 2016 trabajaron en la fabricación de un pánico moral. **Lo figuraron como una pérdida de la heterosexualidad y de la masculinidad de la nación.** “Van a homosexualizar el país”, promulgaban. Su discurso anti-género y homofóbico no fue esporádico o accidental. Por el contrario, ha sido una apuesta política duradera que ha consolidado dispositivos de exclusión en la Colombia contemporánea.*

*Un desarrollo tecnológico, que se remonta a las técnicas militares de ubicación del enemigo en la Segunda Guerra Mundial, ahora es usado para ubicar posibles amantes: Grindr. La inteligencia y la tecnología militar, frente a las cuales los guerrilleros estaban familiarizados y habían adquirido ciertas destrezas, ahora sirven para emprender la búsqueda de encuentros sexuales. Grindr requiere de tácticas, de cómo captar al otro, qué escribir, qué foto mandar. También **encubre, como una trinchera, para protegerse y aparecer en el momento oportuno**. Dinámicas de guerra y de coqueteo congregadas en Grindr.*

Comuna Marica

A cxhel ingresó a las Farc después del Acuerdo de Paz cuando la organización se constituyó en partido político. En las primeras reuniones descubrió que varios de sus amigos ya hacían parte del partido y que venían siendo parte de la organización desde años atrás en la clandestinidad. Tenían una historia común: cierto colectivo político en torno a la disidencia sexual que se formó en 2012 y que fue uno de los primeros espacios de este tipo en su ciudad. Se trató de un colectivo de maricas que sirvió de puente para que algunos ingresaran a la guerrilla. Varios de sus miembros, que no escondían su sexualidad, realizaron trabajo político en las filas. Disidencia sexual y guerrilla, algo que a primera vista parecía incompatible.

Al comienzo el colectivo fue una idea inocente de dos o tres jóvenes. Ellos veían que en las grandes capitales del país había una fuerte politización de la disidencia sexual, mientras en su ciudad no había nada. Iniciaron con una convocatoria en redes sociales a un cine foro en una universidad. Los pocos que llegaron el primer día conformaron el colectivo.

A cxhel fue con su noviecito de aquella época. Estaba recién llegado a la ciudad y una de las cosas que quería encontrar era precisamente un espacio para despejar dudas sobre su

sexualidad. En el contexto rural y campesino del que venía le habían tallado muchos prejuicios en su cabeza.

Acxhel siempre fue una persona inquieta por el conocimiento. A pesar del contexto rural donde creció y las condiciones económicas de su familia, se las ingeniaba para averiguar, en los pocos libros de su colegio, o en el café-internet del pueblo, sobre esas cuestiones que interpelaban su vida y que le llegaban a medias o tergiversadas a su familia, a su salón de clase o a su grupo de amigos.

Recuerda una clase de octavo grado, con el profesor de Biología, en la que él les habló sobre diversidad sexual. Era “un discurso muy avanzado para la época” y más para su contexto. Fue una charla que marcó su vida. Acxhel desde pequeño sentía atracción por los hombres, le gustaba ver a los raspachines en la finca de sus padres, se fijaba en sus cuerpos delgados y toscos, pero al final de la jornada se sentía mal. En las noches rezaba con fervor para que Dios lo sanara. En sus confusiones, también tenía miedo de volverse mujer. Luego de la charla del profesor, y de buscar más datos a escondidas, Acxhel se sintió más tranquilo.

Cuando se fue a la ciudad a estudiar pudo tomar otro rumbo. Entonces conoció a su primer novio y al colectivo. Pese al catolicismo y al contexto campesino de su familia, se atrevió a llevar a su novio a la casa, los dejaron quedarse en la misma cama y con el tiempo le tomaron cariño.

Al terminar la relación, Acxhel se salió del colectivo por varios años. Fue en ese periodo en el que algunos compa-

ñeros se involucraron en trabajos políticos con la guerrilla. La ciudad estaba próxima a una región en la que, por décadas, las Farc-Ep había hecho presencia, por eso muchas iniciativas comunitarias terminaban relacionándose con su trabajo político.

Acxhel y sus compañeros volvieron a encontrarse en la conformación del partido de las Farc que luego pasaría a llamarse Comunes. El ímpetu y la esperanza de paz que se propagó por el país confabuló con las búsquedas personales y colectivas que ellos habían procurado en los tiempos del colectivo. Fue un momento de apertura para introducir sus temas dentro del partido.

Crearon lo que ellos llamaron una “comuna marica”, juntaron el recorrido del colectivo, la experiencia como clandestinos y sus estudios universitarios para proponer una agenda de género y de disidencia sexual dentro de la organización regional del partido. Recuerdan que leyeron un manifiesto inaugural. El texto reivindicaba la importancia de las mujeres y de los maricas para los procesos políticos de izquierda. El documento se perdió, ninguno consiguió recuperarlo.

Las actividades fueron variadas. Hicieron charlas en las universidades para discutir el Acuerdo de Paz, la reincorporación y los prejuicios frente a la población guerrillera y LGBTIQ+. Salieron a las marchas del Orgullo en el 2017 y 2018. En ellas tuvieron rencillas con algunos porque salían con las banderas de las Farc. Otra acción, para ellos importante, fue visibilizar a la población LGBTIQ+ y su agenda

política dentro del partido, para lo cual intentaron que se reconociera y se transformara la homofobia que había existido en las filas guerrilleras y que persistía en el partido.

Uno de sus mayores logros fue la candidatura al concejo de uno de sus miembros. La campaña fue peligrosa. Eran los primeros comicios electorales en los que participaba las Farc como partido, lo que implicó mucha visibilidad en los medios de comunicación. La campaña se realizó en las calles con camisetas y banderas que ondeaban el nombre FARC (unos años después, Comunes). A veces se recibían buenos comentarios, pero el candidato “guerrillero y marica”, como lo empezaron a llamar, generaba escozor en la ciudad.

Llegaron amenazas. En las redes sociales les escribían: “Guerrillero hijueputa”, “violador”, “asesino”. Una noche, Acxhel recibió una llamada: “guerrillero hijueputa, vaya dele culo a Fidel... Si te vemos, te vamos a romper la cara”. Las llamadas de números desconocidos continuaron.

Acxhel también comenzó a sentir que lo perseguían en una moto, sabían sus rutas, dónde trabajaba y dónde vivía. Solicitó un esquema de seguridad a la policía, ayuda que nunca recibió y tuvo que seguir sorteando su vida con sus propias estrategias.

En las elecciones apenas lograron quinientos votos. Les faltaron por lo menos mil más para alcanzar un escaño. El partido consideró que fue una votación importante al estar en una ciudad tan reacia a la guerrilla. Para la “comuna marica” el balance fue aún más positivo. El hecho de que

un candidato fuera de los suyos era para ellos una historia legendaria. Los maricas se metieron en las entrañas del partido, tuvieron una comuna; los maricas brillaron en las calles, una hazaña con la que soñaban desde la conformación de su colectivo.



La guerra implicó marcas corporales y psíquicas profundas e insospechadas en los cuerpos. Poco se habla de esas **enfermedades transicionales**. Pareciera que esos efectos atroces se soslayaran porque son pruebas fehacientes de la precariedad de la vida guerrillera. El continuum de la guerra implica los efectos corporales y de salud en sus vidas, secuelas que van apareciendo de manera paulatina e imprevisible. Son cuerpos “anormales”, “enfermos”, “monstruosos”. Cuerpos exóticos que no son deseados. Cuerpos despreciados.

*La violencia contra la homosexualidad es heterogénea y se transforma. Tanto así que el homoerotismo se infiltró en las filas armadas para su trámite militar. Usos políticos del homoerotismo. Los grupos armados y sus combatientes gestionaron mecanismos de seducción, erotismo, amor y deseo. Estas maniobras buscaron la consecución de información, la delación de enemigos, el reclutamiento; incluso, la amenaza y la muerte. **El homoerotismo no es un hijo bastardo de la guerra, a veces es un aliado de ella.***

***La seducción homoerótica** auspiciada por la institucionalidad militar o por planes individuales de los miembros de las filas ha sido **un mecanismo usado históricamente**. Puig lo refiere en *El beso de la mujer araña*, Perlongher en *El sexo de las locas*, Reinaldo Arenas en *Antes que anochezca* y Lemebel en *Tengo miedo torero*. *Táctica que ha sido empleada por diferentes facciones, estatales y subversivas, de derecha y de izquierda, y ahora por los grupos al servicio del narcotráfico.**

Cuando vuelva a caminar

Ernesto quería dejar las armas. La esperanza de paz, sobre la que venía hablándose en la guerrilla, estaba haciéndose realidad. Por un tiempo, cinco o seis meses, Ernesto estuvo en un Espacio Territorial de Capacitación o Reincorporación (ETCR), pero se cansó de seguir bajo el mando de sus superiores y decidió irse para la ciudad donde vivía su familia.

Ernesto tenía planes para su nueva vida: conocer a sus sobrinos, trabajar y enredarse con muchos hombres.

Al año de estar de civil, Ernesto comenzó a sentir mareos y a tambalearse al caminar. Cada día el desequilibrio era mayor. La gente que lo veía en la calle pensaba que estaba borracho. Sus allegados se reían, le decían que eso era por dar tanto culo. Con el paso de los meses sus piernas fueron cediendo más y más hasta que su caminado se volvió lento y descobalado.

Ernesto se resistía de ir a un médico, pensaba que era algo pasajero. Al final el rengueo lo obligó a ir. Le mandaron exámenes y lo remitieron a varios especialistas. El diagnóstico nunca fue claro. La hipótesis más factible fue esclerosis múltiple, una enfermedad con diversas secuelas físicas y cognitivas.

Sus camaradas decían entre rumores que el trastorno de Ernesto era consecuencia de una explosión en sus años en el monte. Ernesto hablaba muy poco de esa historia.

Fue una misión a la que lo enviaron con otro par de camaradas. En el camino había un paso obligatorio por un campo minado. Sus superiores les habían asegurado que la zona estaba despejada, que no tenían de qué preocuparse. Iban en fila, como siempre lo hacían, y de repente hubo una explosión. Cuando despabiló del aturdimiento, Ernesto vio que el compañero que iba adelante estaba desmembrado en una ladera y que la otra camarada había salido corriendo de vuelta al campamento. Ernesto quedó tirado durante varios minutos hasta que sus camaradas llegaron a auxiliarlo. Tenía cinco esquirlas en las piernas y otra en un brazo.

La enfermedad y la incertidumbre avanzaban. Mientras el diagnóstico se postergaba, su cuerpo fue cediendo. Ernesto caminaba apoyándose en las paredes y luego tuvo que buscar una silla de ruedas. La enfermedad también afectó su habla y su visión. Decía que se sentía enredado al hablar, lo tenía que hacer lento y su visión venía distorsionándose de a poco.

Las citas con un médico o un especialista eran esporádicas. Los exámenes o el suministro de medicamentos era un proceso dilatado. El papeleo y la burocracia de los servicios de salud hacían que perdiera viajes, dinero y tiempo. En una ocasión le prometieron llevarlo a Bogotá e internarlo por varios días para realizarle un monitoreo detallado, pero eso nunca ocurrió.

En su mesa de noche tenía un archivador en el que guardaba el papeleo de su historial médico. Era una carpeta abultada y desordenada donde reposaba, confusa, toda la incertidumbre sobre su enfermedad.

Ernesto solo salía de su casa para ir a citas médicas o, muy de vez en cuando, para ir a un centro comercial. Cada salida era un calvario. Las calles de su barrio eran de tierra y por tramos ni había andenes. La silla de ruedas, remendada y comprada de segunda, se atascaba. Ernesto tenía que rezar para que el taxista que llegara fuera paciente, lo ayudara a subirse y a guardar ese armatoste que muchas veces ni cabía en las cajuelas. Al llegar a su destino debía sortear la infraestructura de las calles con ayuda de cualquier transeúnte. Ernesto siempre salía con un bolso en el que cargaba una sonda y un tarro de xilocaina por si le daban ganas de orinar.

No pudo volverse a presentar a ningún trabajo. Sabía varios oficios aprendidos en sus años en la guerrilla y había recibido varias capacitaciones por parte de la institución de reintegración, pero tuvo que arraigarse en el hogar de su madre. Con un auxilio económico puso una tienda en la sala de su casa para ganarse unos pesos.

El sueldo que recibía como firmante de paz, que era por unos cuantos meses, logró extenderlo gracias a maromas burocráticas sugeridas por algunos camaradas o funcionarios del gobierno.

Aprovechaba el juego de miradas con los hombres que iban a la tienda, uno que otro tenía ese gesto que Ernesto había aprendido a detectar en los campamentos guerrilleros. Sin embargo, nunca podía pasar de ese coqueteo porque nunca lo dejaban solo en su casa. En los primeros años, cuando aún no había perdido mucha movilidad y tenía privacidad en su cuarto, compró un dildo y un masturbador, pero una vez tuvo que recibir más asistencia, para levantarse de la cama o ir al baño, Ernesto botó esos juguetes por miedo a que su madre los descubriera.

Al ver que la enfermedad avanzaba y los médicos no conseguían mejorarlo, Ernesto buscó una bruja. Varios allegados le habían hablado bien de ella. Era una bruja internacional, vivía en Venezuela y atendía virtualmente. Sus servicios eran costosos. Ernesto hizo un préstamo para pagarle. Ella, sin conocer su historia, le dijo que lo habían maldecido para que dejara de caminar y que recuperar la movilidad iba a tomar tiempo porque le habían echo un muñeco con varias agujas clavadas en las piernas. Le aseguró que ella desharía el conjuro y le mandó hacerse varios riegos.

Ernesto no quería volver a hablar del monte. “Cuando yo me alivie”, “cuando vuelva a caminar” se volvieron sus frases favoritas. Se imaginaba haciendo muchas cosas, pero caminando.

En los campamentos guerrilleros los encuentros sexuales con otros hombres **tenían que ser efímeros, suscritos a geografías y arquitecturas concretas**, a contextos de escondite y prohibición. Tales condiciones incidían en las prácticas sexuales: posiciones, ruidos, duraciones, cuidados, número de participantes; asuntos que marcaron las trayectorias sexuales de los implicados. En la vida civil, los circuitos homoeróticos son diferentes, lo que implica procesos de extrañeza y ansiedad, revelaciones y regocijos.



Quizás sobra decir que todos los nombres de los sujetos en estos relatos han sido cambiados para cuidar sus verdaderos nombres propios.

Lo que nunca sobrar  poner de presente es la triple clandestinidad: la del grupo, en aquel entonces, levantado en armas; la de las experiencias homoeróticas dentro del grupo levantado en armas; y la que en esta publicación continuamos al proteger las identidades de los informantes con quienes trabajamos.

Sebastián Giraldo construyó su investigación y su giro hacia la narrativa como estudiante de doctorado en Antropología Social de la Universidad Estadual de Campinas en Brasil.

Juan  lvarez coordin  la edición creativa de este volumen desde la línea de investigación en escritura creativa del Instituto Caro y Cuervo.

*Amor y guerra traban sus códigos
insospechadamente en los rituales de los amantes.
**Una capucha, un uniforme, un explosivo incluso
pueden ser artefactos amorosos.** Miradas, frases
sueltas en medio del grupo, chiros, nombres en
los árboles, veladas políticas, veladas literarias.
El búnker. Semántica amorosa guerrillera.*

Contra los riesgos de la apropiación, la escritura en diálogo.

Cada uno de los relatos acá presentes fue resultado de un proceso de conversaciones y de un recorrido de decisiones éticas y estéticas consensuadas.

El ejercicio colectivo empezó entre Sebastián Giraldo como investigador y los cinco excombatientes con quienes fueron construyendo confianza. Primeras versiones. Primeros ajustes. Una esperanza.

Después de los afinamientos, Juan Álvarez se sumó para ampliar el diálogo y colaborar en imaginar una forma de edición donde el amor, el erotismo y el dolor siguieran encontrando su brillo y su simbiosis. Segundas versiones. Nuevas esperanzas.

Ante la urgencia de la reconciliación, la construcción de memoria en diálogo: *escribir con comunidades*; encontrarnos en la interlocución estética.

Usted me da la calma que la vida me quitó

Andrés tomaba la misma ruta de bus en los mismos horarios varias veces a la semana. No le gustaba dormir en el viaje, se mantenía alerta. Empezó a notar que un policía siempre se subía unas calles después. Le parecía bonito, le sonreía y le subía la ceja para saludarlo y no dejar que el intercambio de miradas pasara desapercibido. Andrés se recriminaba: ¿por qué estaba fijándose en un toambo?

En el pueblo ambos se bajaban en el mismo paradero. Un día, para romper la miradera, el policía le preguntó: “¿qué hace un niño tan bonito solo en el bus?”. Ante esa frase ridícula y poco original, Andrés le recriminó: “¿qué hace un policía sin escolta y sin camioneta?”. El uniformado se sonrojó y lo invitó a tomarse un café, excusándose en el frío del pueblo. Andrés siguió con su pose atrevida: “el pueblo siempre es frío, pero bueno, le acepto la invitación”.

Luego de varios cafés fueron a buscar algo de comer. “¿Chorizo o empanada?”, propuso el policía. Andrés escogió el primero. Fueron a un puesto de comida callejero que era famoso.

El policía cogió el chorizo de una forma extraña y se comió medio de un bocado.

“¿Tiene afán o qué?”, reaccionó Andrés.

“No. Sino que hay que aprender a abrir bien la boca”.

“Sí, eso se aprende”.

Al terminar la comida se fueron para la parte trasera del coliseo del municipio, que les quedaba a pocas cuerdas, y allí Andrés le hizo sexo oral.

Andrés le contó toda la historia a una camarada, que también era su amiga. Le confesó que le había gustado, pero que le parecía “una gonorrea” que fuera un policía. La camarada no lo recriminó y solo le preguntó quién era el uniformado.

En la siguiente reunión de la célula, su amiga y el líder nombraron al policía, con nombre y apellidos completos. Compartieron información de uniformados que estaban siguiendo a presuntos guerrilleros, mostraron fotografías tipo carné y la cuarta resultó ser él. Andrés sintió escalofrío en el cuerpo y comenzó a imaginarse que iba a ser el siguiente detenido o asesinado.

El líder notó la angustia de Andrés, que al ver que se había delatado le confesó: “tengo susto, le acepté un par de citas a un policía y es él”. Sus camaradas le confirmaron que era miembro de un comando de inteligencia. “Siento que voy a ser el próximo”, insistía Andrés. “No, usted se ha cuidado muy bien, más bien adelantesele. Consígale información”,

le pidió el líder. Fue así como Andrés terminó inmiscuido en una misión insurgente y delicada.

Desde joven, en la vereda donde creció con sus abuelos, Andrés cumplía tareas menores, pero nunca se imaginó un pedido de esa índole.

Semanas atrás, en una reunión con la célula, los camaradas se habían enterado de los gustos de Andrés. Estaban en un café en el centro de la ciudad y entró un hombre que se quedó mirándolo. Al comienzo, Andrés se hizo el despistado, pero ante la insistencia de la mirada volteó a corresponderlo, no se aguantó y se fijó en sus nalgas mientras subía unas escaleras de caracol que llevaban al segundo piso del local. Su camarada y amiga interrumpió: “es más fácil si sube la escalera con él”. A lo que el líder, sorprendido, rascándose la cabeza, añadió: “¡como así, a usted le gustan los manes!”. Andrés se agitó, solo podía respirar por la boca: “sí me gustan, pero ni usted ni usted me gustan”, y señaló a sus camaradas. “Nadie sabe, si alguien sabe es por mí. Esto es mío, nada de esto sale de acá”, terminó. “Tranquilo, yo no sabía”, quiso calmarlo el líder.

Andrés emprendió su misión. Nunca perdió el miedo de verse con el policía. Le gustaba estar con él, era muy cariñoso.

El policía lo invitó a que pasaran un fin de semana en la ciudad. Fueron a varios parques. Cuando estaban en zonas alejadas o solas, Andrés pensaba “acá me puede matar”. En esas caminatas solo se dieron un beso. Luego de ese beso el policía balbuceó: “usted me da la calma que la vida me

quitó”. Andrés se sorprendió y, confundido, pensó que no iba poder hacer la tarea. Luego no se aguantaron y tuvieron sexo en el baño de un centro comercial. Tras la calma del orgasmo el policía siguió con su ruta de cariño y le dijo: “con usted me siento libre”.

De regreso al pueblo, fueron a la casa del policía, era la primera vez que Andrés iba. Era un lugar resguardado y muy oscuro. “Si me va matar, dígame”, reaccionó Andrés.

“Tengo que protegerme a mí y protegerlo a usted”, le argumentó el policía.

Cuando le sirvió un vaso de agua y luego otro de coca cola, pensó que le iba a dar veneno. El policía prendió su computador y mientras éste encendía fue el baño. Andrés aprovechó y lo revisó. Eran muchos archivos encriptados. Al sentir que el policía regresaba, Andrés paró la búsqueda y de nuevo apareció el presentimiento: “me va matar, no voy a seguir haciendo esto”.

La zozobra nunca abandonó a Andrés, por más que se sintiera complacido con su amante.

El miedo apabullante lo sintió en esa primera visita. Las demás, unas tres o cuatro, estuvo más calmado. Andrés intentaba marcar distancia emocional: decía que se iba a quedar hasta cierta hora o, si pasaban la noche juntos, se alejaba en la cama, pero por momentos se olvidaba de la tarea. Se arrunchaban y se consentían. Algunas noches ni tuvieron sexo.

Los miembros de la célula, al ver que pasaban semanas y Andrés no presentaba ningún informe, le reclamaron. Pensaban que no había emprendido la misión. Andrés, desesperado, al salir de esa reunión le admitió a su amiga que no quería hacerlo. Su camarada, intuyendo la situación, lo interpeló: “¡usted dijo que no le gustaba el policía!”. Ante la encerrona, Andrés se convenció de que debía cumplir con la tarea.

Al volverse a ver con el policía, en su casa, Andrés estaba decidido. Ese día el policía estaba muy cariñoso con él: “hoy, hace dos meses, usted me hace sonreír”. Mierda, ¡qué estoy haciendo!, volvió a dudar Andrés. Antes de tener sexo, el policía lo invitó a que se ducharan juntos, pero Andrés le dijo que se había bañado antes de salir.

Mientras el policía se fue para el baño, Andrés le abrió la mesa de noche y se topó con muchos papeles. Uno de ellos era una carta escrita a mano. Alcanzó a leer algunas líneas y la palabra final, “queriéndolo”, seguida del nombre del policía. Se le pasó por la cabeza que fuera para otro hombre, pero el policía mencionaba algo que habían hecho en la ciudad. Andrés volvió a cuestionarse, sentía que con cada cosa que pasaba o se encontraba se estaba jodiendo más. Siguió revolcando el cajón y encontró una USB y la guardó en la punta de sus zapatos.

Cuando el policía salió del baño, Andrés se hizo el dormido. El policía, que seguía enternecido, entró a la cama susurrándole que se veía muy lindo así acostado. “Prefiere con o

sin”, le preguntó el policía. “Sin”, respondió Andrés. “Con uniforme da morbo. Sin uniforme se ve usted”.

El policía lo abrazó y le dio un beso. Abrió la mesa de noche torpemente y se regó todo. Andrés le ayudó a recoger las cosas. Pensó que ayudándole evitaba que cayera en cuenta de la USB. Al terminar, el policía le entregó la carta. Andrés durmió intranquilo, cuestionándose si lo habían pillado o si había escondido bien la USB.

Al día siguiente, Andrés salió temprano para la ciudad a entregar el material que había incautado. Llorando, le entregó la USB al líder de la célula y le declaró que no podía continuar con ese tipo de labores. El jefe le reclamó: “pero no son solo tuyas, son nuestras”, refiriéndose a las misiones insurgentes. “Espero que lo que venga ahí sea útil”, concluyó Andrés. Al revisar la USB se dieron cuenta que tenía información importante. Tenía ubicaciones militares y nombres de presuntos guerrilleros.

Al volver al pueblo, Andrés citó al policía. Le confesó que tenía un choque de emociones, que le gustaba mucho, pero que en ese momento no podían tener ninguna relación. Le propuso seguir hablando con calma o no volver a hablar. El policía, atónito y con las palabras entrecortadas, solo le dijo: “esperemos a ver qué pasa”.

Pasaron los días y volvieron a encontrarse dos semanas después. Solo se dieron un beso y continuaron con la incertidumbre. Nunca más se volvieron a citar. El policía nunca se dio cuenta de la misión o por lo menos eso cree Andrés.

*Los escenarios transicionales son contextos liminales y ambivalentes y eso se traduce en la aparición de nociones como la ilusión: a veces nos ofrecen la ilusión como espejismo, otras como **un acto que alberga esperanzas.***

¿Por qué no existen políticas sexuales de la reincorporación?

*En el espectro de lo que hoy entendemos por reincorporación, **¿qué espacio tienen los excombatientes para hablar de sexo?***

Parece algo intrascendente, pero, ¿de qué manera los mercados sexuales de la vida civil, las prácticas sexuales, el erotismo, el amor o las relaciones de pareja entran en juego en los procesos de reincorporación y en el escenario transicional en su conjunto?

La precariedad de la guerra podría confundirse con la precariedad de la vida civil. Le apostaron al Acuerdo de Paz, a un relato en la vida ciudadana; un relato político que es fácil de referir por la ciudadanía en general, pero que pareciera en fuga para la vida de algunos y algunas excombatientes. Han tenido que luchar por conservar su condición humana. Hoy -2025- todavía no son reconocidos como ciudadanos. Sus vidas, que apenas valían cuando estaban en el grupo armado, hoy todavía enfrentan la inercia de esa invalidez.

La esperanza requiere de imaginación.

Aprovechar que la imaginación -aún- no ha sido cooptada por el aturdimiento o la perpetuación de la violencia en el país.



Hablar de paz era de maricas. Era mariquearse.

Esta publicación es resultado de la línea de investigación de la Maestría en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo. Narra y reflexiona las experiencias homoeróticas, afectivas y sexuales en excombatientes de las antiguas Farc-Ep.



Colección Plumas de Aserrín

www.lectoresecretos.com

lectores.secretos@gmail.com

[@lectoresecretos](#)



Caribe
afirmativo




Culturas
